

# **Cuentos Chilenos de Fantasía**

## **Fantasía Austral**

Copyright 2013 Fantasía Austral  
Smashwords Edition

Registro de propiedad intelectual N° 217.442

ISBN: 978-956-351-102-4

Ilustración de portada: David Marín

**Licencia de uso para la edición de Smashwords**

Gracias por descargar este libro electrónico gratuito. Se permite su reproducción, copia y distribución con fines no comerciales, siempre y cuando se haga de manera integral y reconociendo a sus autores. Si disfrutaste este libro, por favor regresa a [Smashwords.com](http://Smashwords.com) para descubrir otros títulos de nuestra colección. Gracias por tu apoyo. Los derechos de autor de cada texto aquí incluido residen en sus autores respectivos.

## Índice

[Introducción: Los reinos de contraluz - J. L. Flores](#)

[Prólogo](#)

[Día uno - Emilio Araya Burgos](#)

[El palacio de la memoria - José Manuel Lagos Ahumada](#)

[El alquimista - Manuel Lobos Ruiz](#)

[Flor de cerezo - Javier Maldonado Quiroga](#)

[Entre cuatro paredes - Samir Muñoz Godoy](#)

[La búsqueda de Gélach - F. A. Real H.](#)

[Historia de una historia - Paula Rivera Donoso](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre los autores](#)

[Acerca de \*Fantasía Austral\*](#)

[Conéctate con nosotros](#)

## **Introducción:**

### **Los reinos de contraluz**

Quizás pueda pensar en una docena de frases para comenzar esta introducción, todas superiores a la que he escogido. Sin embargo, el tema que me impulsa es un motor que depende mucho de la honestidad como combustible. Y si es que me he puesto a mí mismo y a ustedes en una posición de sinceridad en extremo, he de comenzar con una pregunta: ¿Qué buscamos cuando escribimos fantasía? La respuesta quizás sea simple y obvia para todos, pero menos para nosotros, los escritores.

Quizás si cito a Chesterton me vaya un poco mejor: «Los cuentos de hadas son más que reales; no porque les enseñen a los niños que existen los dragones, sino porque les enseñan que se pueden derrotar». Es que la imaginación y la fantasía —si bien van obviamente juntas— la primera de ellas es inherente a la humanidad, una herramienta evolutiva que nos sirvió contra un ambiente hostil frente al cual estábamos indefensos. Todos imaginamos —algunas veces al nivel de la paranoia o el autoengaño— y todos podemos pensar en el horror innombrable que nos espera en la sombra. La segunda, en cambio, es una disciplina.

Educar a la imaginación hasta llegar al refinamiento máximo, esa es la labor de los navegantes de los mundos secundarios. Construir paredes, límites, cielos y suelos, ese es el desafío. Un mundo bien logrado es aquel donde los invitados se sienten a gusto de habitar, incluso piensan: «¿Qué aventuras puedo tener yo aquí? ¿Qué pasa si es que voy a las montañas del este en vez de marchar a la cueva oscura con el protagonista?»

La disciplina debe ir fuertemente ligada con el amor por lo que se hace, pero ahora le meto un grado de dificultad mayor: «¿Qué hacemos?» Esa respuesta es sencilla: literatura. Entonces esa imaginación que invoco y esa fantasía que llamo a disciplinar, tienen que ser acompañada por una narrativa de peso. ¡Esto es un imperativo de la existencia! Sin esto no tenemos obra.

El tema no es fácil, pero tenemos que hacerlo parecer amable y dócil. Nuestros textos tienen que ser viajes, exploraciones. No podemos forzar nuestras manos e instintos como escritores y, aún más importante, no podemos martirizar a nuestros lectores. Lo más fácil para un aprendiz es usar miles de nombres propios y elementos técnicos alienantes que sólo él entiende. La literatura fantástica en el fondo es el arte de la invitación.

Somos los que abrimos posibilidades, los que ofrecemos una vereda del frente. ¿Para qué? La respuesta la tiene cada uno, pero debe ser posible de encontrar en estos mundos; nuestro mensaje no debe perderse.

Habiendo arrojado su fuego, el dragón puede detenerse y reflexionar: en los textos que aquí has de leer vas a encontrar sugerencias de mundos, de laberintos que deben crecer y transformarse en experiencias notables. Son comienzos, no fines. Esto es algo que debe llenarnos de alegría y entusiasmo.

Puedo intuir clarividencia y lucidez en jóvenes narradores. Cada uno en un idioma distinto creando su propio reino de contraluz. Es verdad, se convocan a los dioses del género, pero se hace de buena manera. Y cada uno hace su propia invocación. Encontramos sabores a Michael Moorcock y a Ursula K. Le Guin por un lado, por el otro nos surgen sabores más clásicos que invocan elementos de J. R. R. Tolkien o Robert E. Howard. Hay especias frescas en este cóctel que me recuerdan a Neil Gaiman o al mismo Terry Pratchett. Contrario a ser algo tradicionalista y predecible, el resultado es un cóctel delicioso, desafiante y prometedor.

Hay vida aquí, hay arte aquí y lo mejor, es que hay mecha encendida, pólvora seca. Los dejo con un conjunto de cuentos para ser tomados en serio. Como les dije antes, es un punto de partida. Pero está bien claro el llamado: atentos todos, algo está cambiando.

**J. L. Flores**  
Invierno, 2011

## Prólogo

A menudo, se piensa que la Fantasía está agotada y que ya no le queda mucha vida. A favor de esta premisa, suele argüirse que Tolkien ya lo hizo todo y que su sombra es inescapable. Esto último quizás sea demasiado cierto. Pero no hay que olvidar que toda la literatura occidental está a la sombra de Homero y que eso no ha impedido que otros continúen escribiendo. Como a muchos hoy en día, a nosotros no nos asusta la tradición. Tampoco la ignoramos, así sin más. Sabemos que las historias vienen de algún lado y no nos quita el sueño encontrar una manera estrambótica de desligarnos de ese origen.

El Fantasista sabe que sus mundos no vienen de la nada. Sabe que cuando presta oídos lucha por capturar las vibraciones de una voz sepultada en un océano de capas superpuestas. Pues las historias —las buenas—, no son sino filamentos de savia vieja, hilvanados en un tejido que es a la vez nuevo y eterno, inmutable y a la vez en permanente cocción. Las raíces del árbol hace tiempo están asentadas, pero las ramas siguen empinándose en direcciones impensadas sin dejar de ser el árbol. La torre nunca deja de ascender. El guiso sigue ardiendo a fuego lento. Y, cada cierto tiempo, llegan ingredientes que hacen el plato más sabroso y más variado.

*Cuentos Chilenos de Fantasía* es el resultado de la receta personal de siete autores novatos. Como libro, no pretende instalar una visión homogénea de la Fantasía como género. De hecho, su unidad —antes que formal— es temática, y aún en este punto los giros de revés son interesantes. El material es fresco y responde a las particularidades de una cosecha que no se replica en la pluma del vecino. El intento por pintar la voz con colores propios es evidente y abarca una ambición que va más allá de la forma; cada una de las obras aquí presentadas refleja un instante en el *continuo* creativo de su autor, develando retazos de lo que podríamos esperar de cada uno de ellos en el futuro, sea lo que sea que terminen escribiendo.

Los siete cuentos que tienes en tu poder son cristales en bruto. Muestras pequeñas, sacadas apresuradamente de un cofre perdido en medio del botín del troll que vive debajo del puente. No son un cóctel de setas alucinógenas ni un trago de licor de ajeno. Vislumbrarlos como la primera y más modesta cosecha de una larga siembra sea quizás lo más adecuado. A pesar de ello, los escribimos con nuestra sangre y hemos bajado a lo profundo de las mazmorras para rescatarlos y traértelos de regalo.

A ti, que siempre quisiste oír noticias de tierras distantes.

**Emilio Araya Burgos**  
Santiago, Agosto del 2011

## Día uno

### Emilio Araya Burgos

#### I

Madre dio dos golpes en la puerta y él abrió los ojos. El frescor de una mañana de principios de año gravitaba en la penumbra. Ailsin permaneció un momento con la vista fija en aquella parte del techo golpeada por la luz. Al poco tiempo, una sonrisa llena de promesas se esbozó en la palidez de su rostro. El día al fin había llegado: sería el comienzo de una vida gloriosa.

Se sentó a desayunar apenas cinco minutos más tarde. Aiselin trató de reprocharle la desnudez de media parte de su cuerpo, pero el muchacho rebatió sus argumentos diciéndole que los caballeros debían estar siempre dispuestos a tolerar incluso las condiciones más adversas.

—Habrás días peores —añadió, mientras untaba un trozo de panceta con mermelada de mora. Nadie sabía qué clase de labores le esperarían en aquel sitio a donde llevaban por primera vez a los novatos.

Aiselin, en todo caso, había oído los rumores. Solía decirse que los recién llegados la pasaban bastante mal, al menos durante la primera semana. Y no era que al cabo de esos siete días las cosas mejoraran. Pasado el tiempo, los cachorros simplemente aprendían que el camino a casa era demasiado peligroso para emprenderlo sin ayuda. La última vez que un contingente de primerizos se había organizado para huir, habían vuelto al fuerte poco antes de la caída de la noche, temerosos de la muerte que el Bosque perspiraba por sus poros.

Mientras el muchacho hablaba de valentía y hechos heroicos con un bigote de leche bajo la nariz, Aiselin se preguntaba qué clase de madre podía dejar partir a un niño al que recién le habían empezado a salir pelusas en el bajo vientre. «Sólo una que ha conocido lo suficiente a su padre, como para dar por cierto que si lo encierro, se las arreglará para salir de todos modos», se respondía una y otra vez, al tiempo que el joven entonaba viejos y trasnochados himnos de caballería.

En ese momento se escuchó un ruido de botas pesadas en el jardín. Ailsin se incorporó de un salto cuando oyó al capitán Gravehold aclarar su garganta antes de llamar a la puerta.

—Ve a preparar tus cosas —le dijo Aiselin, tratando de que su voz se mantuviera firme—. Yo entretendré al capitán por un momento.

Serge Aston Gravehold dio dos golpes y esperó respuesta.

—La marca de la familia —musitó Aiselin, poniéndose de pie. La voz de su hijo llenaba el vacío de aquella triste choza de tres habitaciones.

—Buenos días, querida hermana —sonrió el capitán Gravehold, tomando a la mujer por los hombros y besando sus dos mejillas—. No te mentiré. Luces horrorosa. ¿Te encuentras bien?

—¿Cómo te encontrarías tú la mañana en que vienen y se llevan a tu hijo?

El capitán Gravehold se invitó a sí mismo a dar un paso adelante.

—Aiselin, Aiselin —vociferó Gravehold, como si en realidad estuviera reprochando la falta de hospitalidad de la mujer—: el niño estará bien. Sus primos están allá. No estará solo. Lo cuidarán mejor que tú.

—Cómo se nota que no eres una madre y que nunca lo serás.

En ese momento, el pequeño Ailsin apareció en el umbral de la puerta del fondo. Iba vestido con los colores del otoño. Llevaba unos pantalones de tela gruesa, las botas salpicadas de barro, una camisa de manga larga y un pequeño peto de cuero en cuya superficie podían advertirse marcas de uso y viejas cicatrices de batalla.

—Quítate eso —le reprochó el capitán Gravehold—. Será mejor que las reliquias familiares se queden en casa.

—Pertenece a su padre —dijo Aiselin, con una voz molesta y al mismo tiempo suplicante—. Siempre quiso llevarlo consigo el día que vinieras a buscarlo.

—El cuero está gastado y no resistirá. Le daremos otro.

—Pero él...

—Ya está —dijo Ailsin, con voz clara, al tiempo que arrojaba el peto sobre una modesta silla de mimbre—. Si el tío Serge lo dice, tiene que ser verdad. Porque él es un verdadero caballero.

Aiselin se quedó muda al tiempo que contemplaba a su hijo. Al mismo que, a partir de aquel día, comenzaría a transformarse lentamente en uno de esos imbéciles a quienes la mentira había hecho hombres legendarios.

\*\*\*

—El problema de tu madre es que no nos entiende —discurseaba tío Serge—. Las mujeres no nos entienden. El mundo es un sitio duro. No somos como somos porque nos guste, chico. ¿Sabes? Cuando tenía tu edad yo quería ser poeta. Un bardo. A tu madre le encantaba la idea. ¡Vieras como le brillaban los ojos cuando hablábamos de ir de pueblo en pueblo, buscando fiestas y aventuras. Pero entonces vinieron esos desgraciados *Tusks* del páramo oscuro. Mataron a tu abuela. A papá lo dejaron vivo sólo para que la pena terminara llevándose un año más tarde.

»Entonces comprendí que el mundo no necesitaba poesía. Menos canciones. Y un amigo me dijo: «lo que falta no son hojas llenas de palabras, sino manos que empuñen hojas que abran los caminos». Fue el mejor regalo de cumpleaños que me dieron en toda mi vida. Y fue en un día como éste. Así fue como acabé en Avanzada, que es donde ahora vamos.

—¿Y qué haremos en ese lugar?

—Por lo pronto, no mucho —respondió el capitán Gravehold—. No tú, al menos. Aparte de observar y aprender, claro está. El primer año te lo pasarás metido adentro. Verás poca luz. Aunque aún aquellos que están de pie sobre las almenas del Fuerte no ven mucha más de la que tú verás. El refugio es un sitio siniestro. Pero alguien tiene que hacerse cargo del trabajo, para que la hiedra crezca lejos de los caminos de nuestro reino.



—Cuéntame un poco más de Avanzada —sonrió Ailsin, poniéndose de pie sobre la carreta para admirar el paisaje. Los llanos que se extendían a su alrededor parecían eternos. De cuando en cuando, un árbol desnudo rompía la parda monotonía de las cercanías del otoño.

Tío Serge se aclaró la garganta, dispuesto a contar una buena historia. Por lo visto, el cuenta-cuentos que había en él no se había marchado del todo.

—Hacia el Norte, siguiendo este camino (el *Emmenparth*, como lo llama la gente de las montañas), está el reino de Dormhalion. Es una comarca pequeña, sobre la cima de un acantilado cuyas sombras se derraman sobre un vasto valle en cuyo corazón se asienta un lago donde los Dioses pintaron las estrellas. Justo al oeste del Palacio, a menos de un día de marcha, se encuentra la Hilderamma, la más alta de las Montañas de Cristal, en cuyo seno habita gente de estirpe noble. Si vas en dirección opuesta, descendiendo por un borde cenagoso del Camino, te encontrarás con los primeros árboles de Grievengrowth.

»La leyenda dice que hace unos dos centenares de vidas humanas aquél era un lugar hermoso. Lennavi, creo que se llamaba en lengua Silvana, ¡yo que sé! Pero ya sabes qué termina ocurriendo siempre con aquello que es más caro al corazón de las personas. En este caso, el bosque se quemó. Es decir... lo quemaron. Hubo una gran hoguera en un claro al centro de la foresta. Murieron cientos de dríades. Miles, quizás. Después de semejante matanza ni los Hombres ni los Lennlith han vuelto a escuchar las voces de los árboles.

—¿Quién las quemó? —preguntó Ailsin, sintiendo que se le secaba la boca—. ¿Y por qué?

—Ya te dije que el mundo es un lugar duro —respondió su tío, con voz grave y semblante sombrío—, pero aún más duros y terribles son algunos de sus habitantes. Por ahora conténtate con eso. Sabrás más del Enemigo a su debido tiempo.

\*\*\*

Una mañana, Ailsin despertó atragantado por el penetrante olor de la ceniza. La carreta se había detenido y tío Serge estaba descargando algunas cosas.

—Ah —dijo el capitán, cuando el muchacho se apoyó en los bordes de la carrocería—: veo que despiertas justo a tiempo para ver el Pórtico. A tu madre no le habría gustado que lo vieras, pero hace más de diez días que lo que ella quiera o no carece de importancia para nosotros.

El hombre deslizó su brazo en dirección al noroeste. Ailsin lo siguió con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con el horror.

Todo lo que quedaba del Bosque de Lennavi era una deforme empalizada de troncos ennegrecidos. La mayoría de ellos yacían quebrados o caídos de cuajo, con sus raíces podridas vueltas hacia la palidez del cielo, sepultados bajo la fetidez de la niebla.

Aquella visión tuvo un profundo efecto en las expectativas del pequeño. Algo se quebró allí adentro y él lo supo. Tío Serge le puso la mano en el hombro, mientras contemplaba la desolación con la extremidad libre apoyada sobre el pomo de la espada.

—Sé que no levanta el corazón mirarlo a la cara —le dijo—, pero al menos tienes el consuelo de mirar a tus espaldas. Si lo haces, verás que esta es sólo una de las muchas heridas del mundo y que aún quedan sitios donde la mano de la muerte no se ha tendido todavía.

Ailsin giró sobre sus talones sin pensarlo. Entonces, vio un camino que descendía y serpeaba a través de un bosque que se extendía por varios centenares de millas. Y allí, al

fondo, oculta tras la bruma dorada del amanecer, vio unas praderas que se desplegaban más allá de la vista, rodeadas por montañas azules y verdosas. Por primera vez en casi dos semanas, se sorprendió a sí mismo pensando en su madre y en el huerto que antes había ayudado a mantener. No sería la última vez.

\*\*\*

—No puedes bajar la guardia en un lugar así —dijo el capitán Gravehold, al tiempo que clavaba su espada en la garganta de aquella criatura de pálidos cabellos—. Ni los dientes ni las garras de los albinos son misericordiosos. Que no se te olvide.

Ailsin estiró el cuello para mirar los restos del monstruo. Sus ojos, dos rubíes acuosos incrustados en un saco de piel blancuzca y llena de costras, estaban abiertos. Sus mandíbulas dislocadas estaban tiesas, fijas en un grito de dolor que la eternidad jamás acallaría. El corte de la espada a la altura del cuello y las diversas estocadas que había recibido hasta desangrarse completaban un cuadro espantoso aún para la mirada de un adulto. Ailsin no podía creer como su tío seguía tan alegre y despreocupado como siempre.

No hasta que escuchó la voz del capitán Gravehold martilleando en lo profundo de su cabeza. La gente era cruel y despiadada. El mundo era un sitio negro. Alguien tenía que hacerse cargo de limpiar la podredumbre.

—Vamos —dijo el adulto, echándose el morral del chico al hombro—. Yo cargaré con esto por un rato, ¿Si? Sé en lo que estás pensando, pero te aseguro que cuando lleguemos lo olvidarás. Avanzada es un lugar estupendo, una isla de honor y camaradería en medio de este océano de mierda.

Ailsin se volvió a mirar a la bestia una última vez. Sabía que la próxima vez que pasara por ese claro las ratas ya habrían devorado sus restos.

—Te estás retrasando —dijo el capitán Gravehold, desde una loma ascendente.

El pequeño se echó a correr a la siga de su silueta. Estaba anocheciendo y no quería quedarse solo en ese sitio. No junto a un cadáver cuya herida todavía sangraba a borbotones.

## II

Ailsin vio como los muros emergían bajo la palidez de la luna y el tenue resplandor de las antorchas. Nunca antes había visto el fuego azul. Sólo había escuchado las historias.

—¿Hay un entierro en este lugar? —preguntó a su tío, mientras éste caminaba, cabizbajo y embozado, hacia la puerta principal.

—Tenemos algunos tesoros —respondió Serge Aston Gravehold—, pero el fuego no brilla por ellos, sino por nosotros. Es nuestra primera defensa contra un ataque inesperado. Cethirin lo hizo para nosotros.

—¿Quién es Cethirin?

—Alguien a quien conocerás una vez estemos adentro, si es que está de humor.

Acto seguido, el caballero golpeó una y otra vez el portón de la fortaleza. La madera apestaba a humedad y a restos de ceniza. Ailsin sintió ganas de vomitar.

Después de pasar la contraseña y responder correctamente a las preguntas de rigor, el capitán Gravehold y su sobrino atravesaron un arco de piedra que los condujo directamente hacia unas escaleras de caracol que descendían hasta un trayecto en las catacumbas.

Ailsin no pudo contener las náuseas. A poco andar, se detuvo y apoyó la mano sobre el único trazo iluminado de una de las paredes del trayecto. Su tío siguió adelante sin inmutarse. Mientras él vomitaba, el hombre de la armadura se perdía en la oscuridad. Su frialdad era desoladora. El chico se sentía como una cría de zorro abandonada en la crueldad de las estepas.

—No tienes que estar aquí si no lo quieres —dijo una voz clara y melodiosa. Ailsin la sintió reverberar a través de las piedras de la muralla.

—¿Quién eres? —preguntó el pequeño, asegurándose de que ninguna parte de su cuerpo estaba al alcance de la piedra.

Vino un silencio seguido de una vibración imperceptible. Después, un aliento frío en la cabeza. Ailsin dio un grito y se echó a correr, mientras Cethirin reía de buena gana, amparada en las tinieblas.

La gruta descendía hasta un lugar donde la piedra cedía bruscamente a un suelo húmedo e inestable. Allí, a la luz de dos antorchas —y sentado sobre una pila de cajas de madera— estaba el capitán Gravehold.

El hombre le hizo un gesto para que se acercara. Entonces le contó que el camino que habían hecho no era la única manera de ingresar o escapar de la fortaleza, y que mucho de su sobrevivencia consistiría en conocer a los pasadizos secretos.

—Nunca puedes estar seguro— le decía—. Con tantos enemigos allá afuera, no es de extrañar que dos o tres pasen de largo y duerman entre nosotros. Un día podrías despertar y descubrir que el Fuerte ya no es tuyo.

Tío Serge se quedó sentado e inmóvil, sus ojos grises fijos en un punto de luz que se veía del otro lado del túnel descendente. Por su parte, Ailsin se dedicó a examinar el cargamento de cajas y barriles disponibles a su alrededor.

En su mayoría encontró comida: carne ahumada, frutos secos, semillas y otras miserias semejantes. Nada, por cierto, muy apetitoso. Por si ello fuera poco (a juzgar por el rótulo de los barriles) la bebida favorita del destacamento era la cerveza. «¡Qué asco!» pensó, al tiempo que meditaba acerca de aquella voz que había brotado de las paredes. «No tienes que estar aquí» había dicho el eco, brotando desde algún sitio cercano. Pensó en su hogar y en su madre pelando arvejas al anochecer, sentada frente al fuego. Fue la primera vez que pensó en escapar.

Minutos más tarde, el capitán Gravehold se lo echó al hombro, con morral y todo. Ailsin se sintió ligero como el aire de una mañana otoñal. Sus brazos colgaban de la espalda de aquel formidable guerrero, sobre la cual habían caído pesos inimaginables. Así que de eso se trataba ser un hombre, pensó el pequeño. Crecías lo suficiente para llevarte el mundo encima y te embrutecías en el proceso. ¿En qué lugar cabían los himnos, la bondad y la gloria?

Lo único que oyó fue el estrépito de una puerta al cerrarse tras de sí. Una puerta de roble, con marcos de hierro y tachas de acero.

Estuvieron un buen rato subiendo escaleras y dando vueltas por pasillos. Si aquél era ese lugar al que llamaban Avanzada, pensó Ailsin, la verdad es que era bastante feo y deprimente.

—¿Te gusta? —preguntó el capitán Gravehold.

—Es un poco... oscuro —respondió el pequeño, su voz aguda y quebrada como la de un grillo.

—Ah, eso dicen todos —continuó el tío—. Pero no hay mejor lugar que yo conozca para forjar el temple del acero. En escuelas como las de Himnith o Phalisa sólo les enseñan

a llorar y a quejarse por todo. Ese no es el camino de un caballero. No se nace para ser un peregrino inocente en los muchos caminos del destino. Nuestra senda es más oscura. Vamos de peligro en peligro, con la Muerte envainada junto a la espada, rogándole que nos sea favorable al final de la batalla.

Ailsin no dijo una palabra.

—Tiempo al tiempo, muchacho —sentenció Serge Aston Gravehold, deteniéndose frente a una puerta entreabierta. Acto seguido, tomó a su sobrino por la cintura y lo bajó hasta que sus pies se juntaron con los de su sombra—. Tu habitación —continuó, dándole un empujón para que fuera y atravesara el umbral—. Duerme un poco. No te preocupes por ordenar tus cosas. Podrías despertar a tus primos. Lo más importante es que descanses. Mañana será tu primer día.

\*\*\*

La almohada estaba mojada y olía a mierda, el camastro crujía ante la más mínima insinuación de movimiento y la manta estaba llena de agujeros. Aunque nada se comparaba con la sensación del constante asedio de arañas invisibles.

Varias veces sintió un hormigueo subiendo por su pierna y varias veces reaccionó del mismo modo: dando golpes en la oscuridad, girando bruscamente hacia el lado que olía mejor. Cuando el hedor de la funda se hacía insoportable, tomaba el cojín y lo arrojaba a los pies de la cama. Sin embargo, al poco rato se levantaba a buscarlo, palpando a tientas el breve espacio que había entre el frío y la roca. Finalmente acabó por dormirse sobre la propia palma de sus manos.

De pronto, una araña gigante y velluda se cerró al rededor de su cabeza.

—De pie —dijo entonces una voz desconocida.

Ailsin abrió los ojos y vio la silueta de tres jóvenes desperezándose. Dos de ellos estaban sentados sobre sus camas, a torso desnudo. El mayor de ellos era delgado, de espaldas anchas y pectorales firmes, pero su torso estaba lleno de terribles cicatrices. En el momento en que cruzaron miradas, el joven caballero se incorporó de un salto y fue directamente a saludarlo.

—Bienvenido, Ailsin —dijo el muchacho, cuyo nombre era Sergoi y cuya edad no debía superar los quince años—. Padre nos estuvo hablando durante semanas sobre ti y tu entusiasmo. ¿Así que quieres ser un caballero?

El pequeño se volvió para mirar a sus otros primos, pero éstos se remitieron a bostezar y a seguir aferrándose a la almohada. A la luz de las antorchas, sus lechos se veían excesivamente cómodos.

—¿Estás ansioso?

Ailsin asintió, cabizbajo.

En ese momento, el hombre cuya mano el pequeño había confundido con una araña gigante se asomó por el marco de la puerta.

—Fregada corta —ordenó, con el rostro fijo en Sergoi—, del más pequeño al más grande. El capitán dice que tú entres con el chico, para que le enseñes. Los demás van en orden y rápido. Hoy es un día importante para los novatos.

Minutos más tarde, un Ailsin más pálido que la nieve y sus fantasmas se metió bajo un chorro de agua fría, seguido de una criatura extraña a medio camino entre un niño y un adulto. El pequeño se perdió en la contemplación del aquel cuerpo que lucía tan cercano y tan distante al mismo tiempo. El vello incipiente que asomaba por algunas partes lo

intrigaba tanto como las muchas marcas que recorrían la fisonomía del mayor de los Gravehold. Sergoi, por su parte, se limitó a enseñarle cómo debía lavar sus axilas, sus genitales y toda la zona de la entrepierna.

—Espérame afuera —concluyó, una vez que terminó de enjuagarle la espalda.

Ailsin salió disparado y se quedó tiritando junto al tabique de piedra que separaba las duchas. Mientras temblaba, se preguntaba si alguna vez su cuerpo sería como el de Sergoi. Más que nada, pensaba en las cicatrices. No estaba seguro de querer compartir ese destino.

El desayuno fue rápido y frugal. Después, Sergoi tomó a su primo de la mano y lo presentó a quienes serían sus sucesores inmediatos. Se trataba de niños de la misma edad del hijo del capitán que cumplían tareas menores, tales como limpiar las cocinas, fregar la ropa o bruñir espadas y armaduras.

Después de presentarlo, Sergoi marchó a sentarse con otros chicos de su edad. Ailsin los oyó charlar a viva voz sobre los pechos de Cethirin y de lo bueno que era «hacerse las corridas» pensando en ellos.

—No trates de entenderlos —le dijo un niño de cabello rubio y ojos color miel—. Viven en otro mundo.

—Sí —añadió un gordito de aspecto simpático—. Viven hablando de Cethirin, la hechicera. Y también de esas criaturas llamadas mujeres. Yo nunca he visto una. Me pregunto cómo son.

—Mamá es una mujer —dijo Ailsin, pensando a viva voz. Los otros se quedaron mirándolo con los ojos abiertos como platos.

—¿Eso quiere decir que mi mamá también es una?

—Supongo —respondió Ailsin, encogiéndose de hombros.

Poco después del tañido de una campana, el salón comedor de la fortaleza quedó vacío. Los únicos que permanecieron cerca de la puerta fueron los niños, porque *maisa* Sergoi así lo había dicho.

—Los grandes dicen que tenemos que ir a ver un *Lance*. Será el primero de nuestro jefe.

—¿Qué es un Lance? —preguntó Ailsin.

—Es cuando traen a uno de esos albinos y lo dejan peor que saco roto —respondió el niño rubio, con una mirada que hizo que el sobrino del capitán Gravehold diera un paso atrás.

\*\*\*

Ailsin recordaría aquella mañana como la mañana en la que empezó a temer a las multitudes.

El recinto apestaba a sudor y a las palabrotas de casi un centenar de caballeros y aprendices. Estaban todos sentados en torno a un círculo que se percibía diminuto debido al público que lo rodeaba, sobre el cual pendía una vieja y pesada lámpara de lágrimas. La luz de una mañana gris y monótona se filtraba por unos arcos que coronaban el recinto.

Los niños encontraron un buen lugar en lo alto de una pila de cajones y barriles de cerveza. Desde allí, fueron testigos de cómo la sala se llenó hasta alcanzar los dos centenares de concurrentes. De pronto se oyó la voz del capitán Gravehold y las puertas se cerraron. Los compañeros de Ailsin contuvieron la respiración. Entonces se escucharon unos gritos, terribles y desaforados. Acto seguido, dos centenares de cabezas se volvieron hacia una de las puertas del fondo. Allí, a punta de golpes y patadas, venía caminando una

criatura de estatura media, delgada, con una marcada cavidad abdominal. Sus brazos eran largos y fibrosos. Tenía el cabello pajoso y los ojos como la sangre de un toro.

«Un albino», pensó Ailsin, trayendo a la memoria el rostro de aquella criatura que su tío había acabado en las cercanías de Avanzada.

—¡Ahí está el jefe! —gritó uno de los niños.

Ailsin trató de olvidar la miseria de la criatura para centrarse en la entrada triunfal de su primo mayor. Era, según sus nuevos amigos le habían explicado, la primera "gala" del hijo del capitán. Estaba vestido de pies a cabeza con una ceñida coraza de hierro y malla.

—¡Suélttenlo! —gritó de pronto una voz en medio del montón.

—¡Pelea, pelea! —arengó otro, desde otro lado del círculo.

En ese momento, Ailsin descubrió que Cethirin estaba sentada a su lado.

Debía tener más o menos la edad de Sergoi, aunque era alta y tan delgada como una vara de sauce. Estaba vestida con un par de trapos y llevaba una capa que hacía juego con su cabello de fuego. Sus ojos eran oscuros y almendrados, dulces pero inquietantes. Una marca sonrosada traspasaba su mejilla izquierda, volviéndose más pronunciada cuando sonreía.

—¿Cuándo—?

—He estado aquí todo el tiempo —respondió la joven bruja—. Que tú y tus nuevos amigos no me vean no es asunto mío. Cethirin viene y va por donde quiere.

—¿Vas a ver la pelea? —le preguntó uno de los compañeros de Ailsin.

—No lo sé —respondió la niña, con una mirada juguetona que se clavó en el semblante del sobrino del capitán—. Probablemente termine haciéndolo, no tengo nada mejor que hacer. En este lugar jamás ocurre algo. Los hombres exageran demasiado.

—¡Va a comenzar! —exclamó el niño de cabellos dorados que estaba sentado en el barril de más abajo.

—En efecto —suspiró Cethirin—: ya comenzó.

Era verdad. Sergoi pateó al albino en la cara y luego le golpeó la coronilla con el pomo de su espada; la audiencia soltó un rugido desaforado. Acto seguido, la bestia trató de incorporarse. Sin embargo, antes de que pudiera recobrar el equilibrio, un martillazo volvió a tumbarlo bocabajo.

—El jefe es realmente bueno —dijo uno de los niños, sumándose luego al coro de vítores que Sergoi Aston Gravehold recibió de parte de su público.

Ailsin guardaba silencio. Cethirin sonreía, pero no estaba contenta. No, al menos, por el desarrollo de la contienda. De cuando en cuando, miraba de reojo al más pequeño de los novicios.

El albino se incorporó con celeridad, usando sus piernas como un resorte. Entonces, haciendo una maniobra de velocidad insuperable, se dio una vuelta de carnero y un triple salto mortal que lo dejó a espaldas de su sorprendido contendor. Acto seguido, la criatura se prendó a la espalda del muchacho y usó su peso para doblegarlo. Cuando lo tuvo a su merced, lo liberó parcialmente del abrazo, justo a tiempo para encontrar su cuello con las manos y lanzar una dentellada.

Sergoi reaccionó con un feroz golpe en la barbilla. En ese momento, un caballero de alta estatura dio un paso adelante y desenvainó su espada. Sin embargo, el hijo del capitán alzó la mano con la que sostenía su propia arma.

—¡Es mío! —exclamó.

Cethirin, desde su altura, lanzó una carcajada. Sergoi la escuchó y frunció el seño. Sin embargo, por lo pronto tenía otros asuntos de los cuales ocuparse.

Los ojos de Ailsin estaban fijos en el duelo. Sin embargo, su mirada estaba sumergida en un abismo de cavilaciones que habría ahogado a cualquier otro niño de su edad. Cada golpe parecía llegarle a él mismo. Cada bramido de emoción de parte del público se llevaba consigo un sueño de heroísmo. Cada chillido de la bestia la acercaba más a su propio sufrimiento.

—No quiero estar aquí —dijo.

Sus compañeros lo ignoraron. La pelea había llegado a su punto culminante y todos estaban demasiado ocupados en el golpe de gracia como para haber prestado atención al susurro de una sombra. Todos, claro está, excepto Cethirin.

Sergoi desenvainó su espada.

—No había necesidad —continuó el pequeño—. Ayer... esa criatura...

Un remolino de imágenes vino a su cabeza. Él mismo caminando a la siga de ese hombre, el claro en el bosque, la madre albina buscando raíces bajo un manto de hojas secas, la risotada de tío Serge, el chirrido del metal, el grito y la defensa. Después el dolor.

El mundo era un sitio siniestro.

—Detesto este lugar. No quiero estar aquí.

Ailsin se incorporó y bajó de su puesto tan rápido como pudo. Cethirin lo siguió con la mirada, mientras doblaba hacia el salón de la izquierda. Aquellos que cerraron los ojos cuando Sergoi alzó la espada para cortar la cabeza del albino oyeron un portazo. Después vinieron los vítores y los cantos de triunfo. Sergoi había acabado con su primer enemigo.

Ninguno de ellos advirtió cómo Cethirin se fundió en la niebla que se arrastraba por los muros, riéndose de la estupidez del mundo de los Hombres.

\*\*\*

La puerta estaba cerrada y no había manera de abrirla. Ailsin la pateó y maldijo su mala suerte. Aún cuando supiera cómo llegar a la entrada principal, no habría forma de atravesarla sin ser visto.

—Siempre puedes volarla en mil pedazos —dijo la voz que vibraba en la piedra.

—¡Cómo!

—Simple —dijo la hechicera, materializándose a su lado—. Llámala por su nombre e invoca su destino. Así precipitarás el día de su muerte.

—No sé cómo hacer eso.

—Pero yo sí.

—Enséñame.

—Tomará tiempo.

—Entonces no sirve de nada. Quiero irme ahora.

Cethirin se aclaró la garganta y cantó tres sílabas en una lengua antigua. Las bisagras empezaron a temblar. La joven volvió a cantar y de este modo la puerta cedió como un diente de leche que es arrancado por la fuerza.

—Delante tienes eso —dijo la muchacha—. La libertad y un camino nuevo. Detrás, a los hombres y a sus juegos. Lo que vayas a hacer depende absolutamente de ti.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Ailsin.

—De lo puro aburrida que estoy —bufó Cethirin—. Hace años que quiero irme. Lo único que me faltó siempre fue un compañero. El mundo es un sitio muy aburrido para vivirlo en soledad. Aunque *mi* mundo es quizás más divertido.

—¿De verdad?

—Así es.

—Entonces me gustaría conocerlo —dijo Ailsin. Sus ojos habían vuelto a brillar.

—Siendo así, quizás deberías saber algunas cosas. No quisiera que después acabaras echándome la culpa.

Ailsin asintió, aunque no sin antes mirar en dirección al oscuro pasillo que corría a sus espaldas. No le habría gustado ser descubierto por su tío o por algún otro hombre del fuerte estando tan cerca de una nueva vida. Sin embargo, la celebración por el triunfo de Sergoi los tenía a todos muy pendientes. Ni si quiera un alma perdida merodeaba en el corredor.

Cethirin comenzó su discurso. Hablaba con voz grave y articulada, casi dramática, como si estuviera declamando:

—Los caballeros siempre conservarán su nombre. Sus hazañas, sus hechos de sangre y sus laureles los harán inmortales. Si mañana le cortas la cabeza a un dragón o salvas a una viuda siendo un caballero, tu nombre resonará en la eternidad.

»El camino que te ofrezco, por otro lado, es limpio, o eso es lo que parece. Pues un mago puede ser muchas cosas, pero jamás será un animal. A la espada antepongo el conocimiento, el nombre de todas las cosas. Tu hora será la hora en que ya no sirvan las espadas. Con una mano tocarás el fruto del cosmos. Con la otra, lo tomarás y harás de él lo que te plazca, para bien o mal de tus hermanos. Sin embargo, al final del día, habrás olvidado tu nombre. Y con él, habrá muerto tu destino. Pero tú no le seguirás. Te convertirás en un Eterno Errante y tus días serán de la Desdicha.

—Por lo que veo —dijo Ailsin—, siempre saldré perdiendo.

—No siempre, porque un mago puede ir y venir por donde quiera, mientras recuerde su destino. Eso es algo que estos brutos ya perdieron. Muchos de ellos morirán aquí y no verán un sitio diferente.

La esperanza se arremolinó en los ojos del pequeño. Sin darse cuenta, había tomado la mano de la joven.

—Vamos —dijo.

Cethirin sonrió y dio un paso adelante.

—¿Estás seguro?

Él asintió.

Tras atravesar el umbral, la niña cantó por última vez el nombre de la puerta. Un estruendo metálico resonó a sus espaldas.

El día comenzaba en los márgenes del mundo.



## El palacio de la memoria

José Manuel Lagos Ahumada

*También he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce [son infinitos] los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes, la casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo.*

—“La Casa de Asterión”, de Jorge Luis Borges

Marcelius extendió la mano y recibió aquel objeto en su palma.

Lo primero que le sorprendió fue su peso: tenía el tamaño de una naranja pero pesaba como si fuera tres veces más grande, y por poco la dejó caer. Era una Esfera de piedra negra, cubierta por completo de extraños símbolos que no supo descifrar y —a pesar de que se veía antigua (no, no antigua, sino arcaica), y de que su superficie estaba muy gastada por los años— al tacto era lisa, muy lisa y suave, casi como el cristal. Por último, notó que la piedra no se sentía fría sino tibia; una extraña tibieza que por alguna razón relacionó con el calor de un animal.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Algo muy valioso —respondió Zykus, con la esperanza de muchas monedas de oro brillándole en los ojos.

\*\*\*

Han pasado muchas décadas desde la última vez que el Palacio de la Memoria tuvo tanta actividad. En los últimos días, la Esfera ha pasado por las manos de media docena de hombres distintos, cada uno aportando una vida entera de recuerdos. Esto es gracias a que el último poseedor de la Esfera —un palurdo llamado Zykus— trató de venderla, sin siquiera sospechar su verdadero valor. Tan sólo su instinto le indicó lo maravillosa que es, y la increíble sabiduría que hizo posible su creación.

Y el Palacio de la Memoria crece y se amplía con cada piel que toca: años enteros de vivencias, que llegan como un estruendo de metal cayendo sobre piedra y en total desorden, como a menudo es desordenada la memoria humana. Pero aquí, en el Palacio, todas aquellas experiencias tienen orden. Yo —como su señor, su guardián y también su esclavo — soy el encargado de organizar y dar un lugar a cada recuerdo.

Y el Palacio crece con cada uno de ellos. Es inmenso e imposible de describir. Porque hay decenas (hay miles) de torres, y hay decenas (hay miles) de salones, y hay pasillos y mazmorras, y cámaras con muebles lujosos, y capillas y bibliotecas con libros de muro a muro, y cuartos que tienen puertas de hierro que están permanentemente cerradas y que no tienen llave ni cerradura. E incluso yo no sé qué hay detrás de esas puertas (o lo he olvidado). Porque hay decenas (hay miles) de habitaciones en este palacio, cada una repleta de objetos que guardan dentro de sí un pedazo de una vida. Ignoro cuántas han sido, cuántas manos han tocado la Esfera Infinita (y cuántas garras y patas y hocicos, porque los animales también pueden dejar su impronta aquí; de hecho, toda criatura de corazón y pensamiento, por simple que sea, puede dejarla), pero en los últimos días han sido varias. Y por tanto he tenido que construir nuevas habitaciones, con ventanas para dejar entrar la luz del sol y puertas y, sólo por precaución, he construido una cámara subterránea, con una puerta de hierro, que no tiene llave ni cerradura.

A veces “olvido” qué tan grande es el Palacio de la Memoria, pero eso es falso; es una mentira o mejor dicho, una sensación errónea. Yo no tengo recuerdos propios, ni siento transcurrir el tiempo del mismo modo que un ser humano; ni siquiera lo percibo como lo sentiría un animal. Para mí no hay días ni atardeceres, ni he visto caer la noche. Para mí hay sólo un día y una sola hora, y tampoco hay meses ni años, sino que siempre es el mismo mes y el mismo año.

La única diferencia aquí son las estaciones, y las distingo porque los árboles de los jardines interiores (todos los patios y los jardines son interiores en este palacio) a veces florecen, a veces dan frutos o amarillean y sus hojas caen secas, mientras que a veces se cubren de nieve. Pero el orden no es siempre el mismo; los he visto dar frutos antes de que broten las flores, o cubrirse de nieve y después de que ésta se derritiese, ver sus hojas amarillear, volverse de un color pardusco y caer secas.

Atravieso un pasillo, quizás he pasado antes por aquí, quizás no he pasado nunca, después de guardar los recuerdos. Así como para mí es siempre el mismo día y la misma hora, a veces siento que es siempre el mismo pasillo, pero eso también es falso, un engaño de mi mente. Porque reconozco cierta estatua colocada junto al muro, y “recuerdo” el recuerdo que guarda en su interior. Esto es similar (pero no igual) a la idea de cajas dentro de cajas, o a un sueño dentro de otro sueño.

La que reconozco es la escultura de una hermosa mujer, de facciones perfectas y largo cabello trenzado. Está desnuda y lleva los brazos cruzados sobre el pecho en un adorable gesto de pudor, con los párpados caídos y las perfectas pestañas cubriendo sus ojos. Pero no está terminada; a partir de la cintura, su cuerpo sigue siendo un bloque de mármol blanco. Alargo mi mano y casi rozo su suave piel, al punto que puedo distinguir sus venas y el palpar de los músculos bajo la piel; incluso puedo sentir el suave vello de sus brazos.

Y entonces la toco.

\*\*\*

Se le dijo que eran bárbaros, que eran gente cruel y sin respeto por la ley y la moral natural, que eran anárquicos y sin cultura. Y él lo creyó todo, a pesar de que no era realmente necesario. Eran enemigos de su patria, y su deber como comandante de las legiones carmesí era destruirlos, para proteger a todo lo bueno y valioso en este mundo.

Pero todo aquello era mentira: sus ciudades eran espléndidas, y organizadas de acuerdo a una geometría muy superior a las de su propia nación. Incluso en los barrios más pobres

entre los pobres había orden y dignidad. Al leer sus antiguos textos, descubrió que las mejores leyes de su tierra habían sido sino malas copias de las de ellos y que incluso su poesía, que a un hombre sin refinamiento como él no le importaba gran cosa, al leerla le hacía latir el corazón a otro ritmo y le dulcificaba el espíritu, o lo volvía nostálgico, añorando viejas cosas ya pasadas.

Y estaba su escultura: hombres y mujeres de piedra que parecían vivir, así era la perfección de su arte.

Y él se enamoró de una de esas mujeres, una doncella de piedra que estaba situada en la Avenida de los Cipreses, frente a uno de los templos del dios-perro. Durante todo el resto de su vida, el guerrero trató de recordar y recrear las sensaciones que tuvo al ver por vez primera a aquella mujer. Intentó volver a vivir aquel primer impacto, donde la realidad de la sangre, el sudor y el peso de su armadura desaparecieron por completo, siendo olvidadas a favor de la suave curva de una espalda adorable.

Sólo podía estar junto a ella unos instantes, siempre demasiado breves. Entonces se despedía, besando su mano y haciendo una ligera reverencia, para regresar a sus asuntos de armas y de muerte, atesorando en su corazón algo demasiado hermoso y cálido como para buscarle palabras.

Fue inmensamente feliz aquellos pocos días.

Un amanecer, luego de tres días de batalla, regresó presuroso a la Avenida de los Cipreses, frente al mismo templo del dios-perro de siempre, aquel pintado de rojo y amarillo.

Piedras sobre piedras, sólo eso; sus pedazos repartidos, desperdigados. La suave curva de su espalda, el gesto pudoroso de sus manos, la forma en que caían sus párpados, convertidos en piedras, rocas tiradas en medio de los cipreses que ya empezaban a secarse.

Fue demasiado doloroso para describirlo, demasiado doloroso para recordarlo.

Y fue su última guerra. De regreso a su patria lo abandonó todo, vendió todos sus bienes y se mudó a una gran ciudad, demasiado grande para el diminuto y pobre cuarto en el que ahora vivía. Pero su nueva morada estaba a unos cuantos pasos del más importante taller de escultores del reino, dirigido por el gran Valius de Tyrze, aquel cuyas obras adornaban y embellecían las mansiones de la aristocracia y los templos de los dioses. Hacía años que el gran Valius no trabajaba más que por encargo, y tenía una larga lista de hombres, animales y criaturas que rescatar de la piedra a base de cincel y martillo.

Y a ese hombre fue a quien le solicitó que lo tomara como aprendiz.

—¿Aprendiz? ¿Otro más? Tengo docenas... ¿Qué me ofreces tú que pueda interesarme?

—Mi total y absoluta dedicación y fidelidad —le respondió.

—Todos me ofrecen lo mismo— dijo a su vez Valius, pero aun así lo empleó en su taller.

Empezó barriendo, limpiando, y haciendo otras labores menores que en su larga y gloriosa vida como militar había olvidado que existían. Después de un tiempo, pudo realizar una labor más delicada: cortar los grandes bloques de mármol (blanco traslúcido del oeste, rosado coral de la costa, azul ligero de las montañas brumosas, y verde tunecino del norte) en pedazos más pequeños —pedazos del tamaño de hombres— y manejables. Era el paso previo a crear estatuas.

Un tiempo más y pudo pulir con paños ásperos y lija esas mismas estatuas. El último detalle, la suavidad final, era siempre bajo la mirada atenta de alguno de los discípulos más aventajados de Valius, o del mismo Valius en ocasiones. Otro tiempo sumado y al fin pudo

empezar a tallar sus propias esculturas: obras menores, finas pero nada único ni especial, valiosas sólo por tratarse de diseños ideados por el gran artista venido de Tyrze.

Finalmente, después de cinco años, inició su labor.

\*\*\*

La escultura está incompleta, porque al momento de tocar la Esfera aquel guerrero, convertido en amante y escultor de una mujer hecha de piedra, aún no la había terminado. No sé nada más, eso es todo. Ignoro si aquel hombre logró crear por completo aquella mujer de la que se enamoró. Me gustaría pensar, no, *desearía* que fuera así.

He dicho que no tengo recuerdos propios. Tampoco tengo emociones ni sentimientos propios (o eso he creído, siempre he tenido mis dudas), sólo los que me dejan los recuerdos que toco, y por poco tiempo. Daré unos pasos más, saldré del pasillo y ya no me importará cuál fue el destino de ese hombre y esa mujer, ni siquiera sentiré nostalgia.

Estoy en un gran salón, mientras la luz del atardecer entra perezosa y tibia por las ventanas e ilumina los cuadros que hay colgados en el muro. Me distraigo observándolos. Entre ellos está *La Elección de las Tres Musas*, de G. Varessi, y al lado su continuación: *El Destino de las Tres Musas*. Un poco más allá está *La Fuente y la Niña* de Sartessi, de un estilo más arcaico pero con colores más vivos. Todos son recuerdos y siento la tentación de tocarlos. Veo entonces que son sólo marcos vacíos que no contienen ningún lienzo. Eso me sorprende unos segundos, pero entonces “recuerdo” (pero entonces sé) que esas pinturas están enrolladas y guardadas en una habitación sin ventanas y detrás de una puerta de hierro que no tiene llave ni cerradura.

Me acerco entonces a una mesa tallada finamente en una madera oscura con vetas más claras, que lleva encima varios objetos de piedra y de barro: estatuillas, pequeños ídolos, jarros y fuentes con formas humanas o animales, o ambas cosas a la vez, vasijas con escenas mitológicas pintadas, camafeos, etc. Elijo uno al azar, la figura de un toro con una guirnalda de flores en la cabeza, tiene un color amarillo sucio, con manchas.

\*\*\*

—Ya está lista la brea —dijo entonces su amigo.

Valius colocó en una fuente de barro un buen poco de arena. Agregó sobre la arena un aceite maloliente y empezó a revolver ambas cosas con una cuchara de palo, para luego echar encima la brea casi hirviendo, burbujeante de caliente.

—¿Funcionará?

Su amigo seguía teniendo dudas.

—Claro que sí —respondió, mientras terminaba de amasar una mezcla espesa y oscura. Después, cogió la estatuilla del toro, con el tamaño y el peso exactos para ser llevada en una mano, y la colocó en la fuente.

—Se ve muy nueva ahora, ¿verdad?

Era cierto. La figura era de un blanco reluciente

—Cubriéndola con esta mezcla y enterrándola durante unos tres meses se verá mucho más antigua —dijo esto al tiempo que cubría la estatuilla con la masa espesa y oscura. Cuando terminó se quedó observándola mientras la mezcla maloliente se separaba en grumos y se deslizaba lentamente.

—No me gusta engañar a los sacerdotes o a la gente de las Altas Casas.

—No habrá engaño, porque nadie sabrá que hubo engaño —volvió a coger un poco de la mezcla y a echarla encima—. Cuando la desenterremos parecerá muy antigua, una de las estatuas del culto al toro y al gran cazador salvaje; una auténtica reliquia de los tiempos del Primer Reino, más de mil años atrás. He visto estatuillas similares, pero todas estaban rotas. Ésta, en cambio, permanece entera lo cual aumentará mucho su precio. Ganaremos buen oro, te lo aseguro. Confía en mí.

\*\*\*

Un recuerdo del propio Valius de Tyrze, cuando era un joven y talentoso artista, pero sin experiencia ni honestidad, por lo que se puede ver. Curioso... ¿Estarán relacionados todos los recuerdos de esta mesa con él? No lo creo. Para comprobarlo, extendiendo mi mano hacia la miniatura de un barco: una reproducción en madera y papel de un gran navío de batalla, muy exacta en su forma general y delicada hasta en sus detalles más mínimos.

\*\*\*

—Es hermoso, ¿no es así hijo mío?

Sí, era hermoso, y el niño contemplaba todo con ojos desbordados de asombro. Al principio se había distraído con el pesado vuelo de los pelícanos y las disputas entre gaviotas por un resto de pescado, o mirando el lento nadar de las focas leopardo con sus pieles moteadas que asomaban perezosamente entre las aguas oscuras, o que retozaban sin prisas en las breves playas de arena amarilla que aún quedaban aquí y allá, en los lugares no ocupados por los muros de piedra o por los pilares de madera de los muelles. Pero todo eso perdió interés para él cuando apareció aquel navío; las feas barcas para el transporte de mercancías y los botes de pescadores no podían compararse con aquel coloso marino

—Su nombre es *Heraldo de Mar*. Los heraldos son mensajeros que traen y llevan noticias ¿Sabes cuál es el mensaje que carga consigo este barco?

Sus ojos trataban de abarcarlo todo, pero no podían. ¿Por dónde empezar? ¿Por las velas hinchadas por el viento y teñidas de rojo y púrpura, por las cuatro filas de remos, ahora retiradas al interior del casco? ¿O por el gran ojo pintado en el costado de la proa? Un ojo tan vivo que por sí solo dotaba al *Heraldo de Mar* de cualidades casi animales, como un delfín de dientes afilados. ¿O tal vez por el mascarón de proa —así le dijo su padre que se llamaba— que era una hermosa mujer de rostro plateado, con un cuerpo de madera color marfil mientras que, enrollada en su cintura, llevaba una extraña serpiente de color verde, como cubierta de musgo y líquenes del mar?

—El mensaje es de gloria y de poder, de magnificencia y honor, porque este barco, hijo mío —continuaba el padre, mientras el hijo no escuchaba ni entendía nada—, es un símbolo de la riqueza de este reino, de lo valiente que son sus hombres y de lo hábil que es la gente que trabaja en sus astilleros. Este navío ha combatido a los piratas pálidos del norte, a los saqueadores morenos del sur y ahora se dirige a conquistar nuevas tierras, más allá de la Brecha Roja.

Su hijo oía sin oír, sus ojos seguían fascinados, más aún cuando la nave se acercaba cada vez más y las velas eran replegadas mientras que los remos, de a cuatro filas a cada costado, surgían para hendir el agua y llevar la nave a puerto seguro. Estaba cada vez más cerca del niño, hasta el punto que podía ver a bordo a los marineros atareados en sus

labores. Esto último lo sorprendió muchísimo, porque no imaginaba que algo tan colosal fuese manejado por hombres.

—¿Sabías que la obra viva —la parte del casco que está sumergida— está forrada con plomo? Es para evitar la podredumbre de la madera y que pequeños bichos aniden en ella —explicó el padre—. ¿Y ves la pequeña estela que se forma delante de la proa? Es el espolón, hecho con hierro de Milhas, el mejor de todos.

\*\*\*

Ni siquiera sé el nombre del niño que vio aquel magnífico barco junto a su padre, pero no importa.

Camino junto a una mesa espléndidamente servida, con vajilla de porcelana delicadamente pintada, y un maravilloso y colorido arreglo de flores en el centro —de lirios, orquídeas, petunias— y una enorme flor de loto flotando en una copa de agua. Es un banquete digno de reyes, pero las carnes, las frutas, el pescado en su salsa, las aves doradas a fuego lento y las almendras dulces y cubiertas de azúcar como postre, todo aquello está podrido y agusanado, y las moscas hacen su festín junto con otras cosas también vivas, pero a las que no puedo nombrar. Estos son recuerdos que no tocaré, no de nuevo.

Por cierto, no todos los recuerdos son tan importantes y únicos como el del niño y el barco. Me corrijo, para quienes tocaron la Esfera esta clase de recuerdos son importantes y únicos: son su vida, son su esencia, y parte de su alma y su mente. Pero son comunes, y hay decenas (hay miles) de habitaciones donde residen objetos muy comunes que guardan recuerdos muy comunes, amontonándose sin orden ni luz. Porque pueden haber miles de variantes de lo que comió un joven pastor poco antes de salir a cuidar sus ovejas (un pan remojado en vino y unos higos, un pedazo de queso y vino y unos higos, un pan remojado en leche y unos higos), pero es siempre el mismo desayuno, el mismo pan y el mismo vino, y los mismos higos.

Por eso en la entrada del palacio (que yo nunca he visto, pero sé que tiene puertas de madera blanca con vetas negras, y goznes de plata y cerradura de oro) está escrito arriba del pórtico lo siguiente: «Vidas de los hombres, como cristales de nieve o granos de arena, únicos pero iguales a tantos otros». Creo que está escrito en un alfabeto que es todos los demás alfabetos, y en una lengua que comprende todas las demás lenguas. Creo, porque aquí no hay nadie más que yo, y no sé donde se encuentra la entrada. Escucho entonces un estruendo, de metal contra metal y de metal contra roca. Sé muy bien lo que es e incluso puedo imaginarme que forma tiene.

Es una larga caminata por pasillos y salones, en algunos de los cuales pueden moverse ejércitos. Finalmente llego a una ventana, desde la cual puedo atisbar a uno de los patios interiores: uno hecho totalmente de piedra, con una fuente con sirenas pero sin agua. Sí, es lo que esperaba, y no necesito tocar ninguno de esos objetos para saber qué clase de hombre ha sido el último en poner sus manos sobre la Esfera Infinita. Porque todos los objetos que han caído al suelo de piedra son cuchillas, dagas, estiletes y cosas de metal, pequeñas y afiladas. Muchas están herrumbrosas y melladas pero todas, absolutamente todas, están manchadas con sangre.

Son los recuerdos de alguien que ha matado mucho y no como un guerrero. Todas son armas pequeñas, instrumentos afilados que se pueden ocultar en una manga o entre las ropas: herramientas de matar no en una batalla, sino en un callejón a oscuras o mientras alguien abre una puerta. Cada pequeña pieza es un recuerdo que no deseo conocer, pero soy

el Señor y el Guardián de este palacio, y debo hallar un sitio para cada uno, sin importar si hacen llover sangre sobre mi cabeza.

Pero hay algo que en verdad no deseo tocar. Todo en mí se rebela a saber cómo es ese recuerdo. Mi alma y mi mente se resisten (y mi alma y mi mente forman parte de este mismo palacio, como los adoquines de los que está empedrado el suelo) y algo parecido a la náusea se acumula en la boca de mi estómago.

Hay un niño muerto en medio de todo el metal corroído y ensangrentado. Tiene siete u ocho años, y tiene el torso y el vientre destrozados a puñaladas. Es sólo un recuerdo: no es real y sé que no me manchará de sangre al recogerlo, pero no deseo tocarlo. Lo único que puedo agradecer, es que desde esta ventana no puedo ver su rostro.

## **El alquimista**

**Manuel Lobos Ruiz**

El alquimista mira su obra con satisfacción y orgullo. Los largos años de estudios y las numerosas noches de experimentos y correcciones han dado sus frutos.

Mientras otros se habían empeñado en los vanos misterios de la transmutación de los metales o en la destilación del elixir de la eterna juventud, él había desechado aquellos empeños inútiles: nunca le interesó seguir llenando las páginas de la historia de la antigua ciencia con más insignes pero incontestables fracasos.

Por otra parte, hubo otros que habían gastado sus esfuerzos en el intento de recrear seres vivos, aunque sus únicos resultados fueron abominaciones monstruosas y sin alma. A él tampoco le interesó gastar su tiempo en semejantes nimiedades. El fruto de su esfuerzo debía ser algo más grande y más sublime. No debía solo imitar el trabajo de un Dios. Tenía que ser un Dios.

Los primeros días los pasó sin dormir, comer ni beber. Todo fue pensar y meditar, a la espera de un destino que guiara sus pasos hacia el infinito.

Fue entonces, cuando su debilitado cuerpo parecía rendirse por completo, que vino la gran epifanía. Vino la luz. Un gran destello de lucidez que llenó su imaginación completamente.

La imagen frente a él era un principio, una silueta que debía ser llenada: un Orbe suspendido en la oscuridad.

\*\*\*

En los largos años que trabajó para lograr conquistar su visión, terminó dando con la respuesta a algunos de los antiguos misterios. Encontró un elixir capaz de retrasar el envejecimiento, además de una aleación metálica que sólo se distinguía del oro en algunas de sus propiedades fundamentales. Con estos bienes, ganó el tiempo y el dinero necesario para llevar a cabo su obra, libre de la intromisión del resto del mundo. Construyó una gran casona entre los montes y los bosques cerca de las montañas, y reunió allí el equipo y el conocimiento que requería para trabajar. Así fue como se aisló de todo.

Desde entonces, quinientos años han pasado y a pesar de sus brebajes, el alquimista está cansado. En estos días, prácticamente lo único que hace es sentarse a contemplar el producto de su arte. Cada instante está más asombrado de su logro.



Todos los días admiraba el Orbe a través de las esferas de cristal, cuya superficie más externa era el medio a través del cual él podía influir en los elementos del interior, observándolos a través de lentes cuidadosamente talladas.

Los misterios que actúan en el funcionamiento de la obra son tantos, tan complejos y arcanos, que se necesitarían siglos para comprenderlos siquiera de forma superficial. Sin embargo, a un nivel rudimentario, la forma del mecanismo que lo sostenía se reducía tres elementos fundamentales: tres esferas con un mismo centro.

La primera —más externa y más amplia— era una esfera traslúcida de cristal, que poseía la virtud de separar el contenido de su interior del flujo del tiempo exterior. La segunda, en tanto, estaba destinada a ocultar su contenido del ojo de Dios, separarlo de la creación y aislarla de su influjo.

Estas esferas de cristal —en cuya superficie y en cuya conformación se habían vertido secretos y símbolos de poder antiguos, y otros creados exclusivamente para tal propósito— tenían como designio dotar al tercer y último elemento, el Orbe mismo, de su propio tiempo y su propio destino. De esta forma, el alquimista podía tener la certeza de ser el único creador de los Hados que lo regirían, y el único arquitecto de sus formas constituyentes.

\*\*\*

El orbe era un mundo aparte, un mundo nuevo con todas las complejidades posibles. Día tras día, el alquimista era consciente de sus cambios, y de cómo la chispa de la vida iba a apropiándose de cada uno de sus espacios.

Ahora bien, en determinado momento, el alquimista talló en la superficie de la esfera el arquetipo de la conciencia, y se regocijó al ver como éste adquiría la forma de seres humanos. Estos poblaron rápidamente la superficie de la tercera esfera, precipitándose vigorosamente hacia la senda de la civilización.

Era una maravilla. El viejo admiraba su creación sabiéndose Dios de un mundo propio. Sin embargo, pese a las alegrías, su cuerpo estaba viejo y se sentía cansado.

Avanzó hasta su cama a paso vacilante y se sentó, cansado y derrotado por la vejez.

\*\*\*

En aquella oscura habitación, iluminada por velas que han ardidado demasiado tiempo, en aquella casa perdida entre los bosques, una pesadilla se presentó en el último sueño atormentado de aquel hombre.

Vio que él mismo y toda la Tierra estaban encerrados en esferas de cristal, y que Dios no era más que otro viejo y obsesionado alquimista en un mundo exterior, buscando dejar de ser criatura y volverse creador. Por extensión, éste y su propio mundo no eran más que esferas dentro de esferas aún mayores, en un universo que no era tal, donde todo no era sino el reflejo de algo más, y donde la misma acción era repetida eternamente, sin principio, sin final... y mucho menos Destino.

Tuvo miedo al despertar. Quiso levantarse y deshacer su obra, pero su cuerpo no respondió. Hacía ya mucho tiempo que los elixires habían perdido su efecto, dejándolo a merced de la muerte. Su corazón se detuvo. Su mirada se volvió vacía.

Mientras el cuerpo del Anciano Alquimista comenzaba a pudrirse sobre la vieja cama, los seres que habían nacido en el Orbe oraban a su creador, en busca de consuelo y ayuda,

aunque ya algunos filósofos comenzaban a dudar de su existencia y pensaban que sólo podían existir Ideas, arquetipos eternos que trazaban las formas de la realidad.

\*\*\*

Algunos años más tarde, un grupo de hombres se acercaba a la vieja casa del bosque, movidos por las historias que hablaban de su antiguo dueño, y por la fascinación que despertaban en ellos el conocimiento de las viejas artes.

Tras atravesar el umbral, el hedor de la muerte les golpeó la cara con fuerza. Sin embargo, la necesidad de conocimiento los llevo a cubrir sus narices con pañuelos e internarse en la oscuridad.

Encontraron numerosos libros en los amplios y antiguos estantes. Libros, por cierto, de los cuales sólo habían escuchado rumores entre los círculos herméticos, pero también otros de los que nada sabían, grimorios totalmente desconocidos para el mundo.

Las mesas y anaqueles se encontraban llenos de artefactos: recipientes y hornos alquímicos, muestras de una gran variedad de elementos, cristales y reliquias antiguas. Incluso una calavera tallada en cuarzo.

Aquella casa guardaba más misterios y conocimientos arcanos de los que hubieran imaginado. A pesar de la peste, siguieron escudriñando.

Al entrar en la habitación más alejada de la entrada encontraron la fuente la pestilencia. Los restos del viejo Alquimista continuaban descomponiéndose lentamente sobre la cama.

Si bien el elixir que el viejo hombre hubiera bebido había perdido su capacidad de conservar la vida, sus efectos preservantes aún mitigaban el proceso de putrefacción, prolongándolo hasta límites insospechados.

La repugnante escena hizo que uno de los hombres retrocediera asqueado para vomitar.

Los brazos del cadáver estaban rígidos y los dedos de sus manos encorvados en un gesto escalofriante, como si quisiera alcanzar algo. Apuntaban hacia una mesa circular al otro extremo de la habitación.

Allí, en el cetro de la mesa una gran campana de metal cubría algo. A su lado, había un manuscrito con una pluma sobre él. En el título podía leerse la frase:

### *Orbis Tertius*

Uno de los hombres le echó un vistazo. Parecía ser un tratado de historia, aunque sólo bastaba leer un poco para darse cuenta que la historia que relataba, aunque muy similar, no era la historia de este mundo.

Mientras tanto, otro hombre levantó la campana de metal. Ésta era más ligera de lo que habían pensado en un comienzo.

Lo que hallaron debajo los dejó sorprendidos y en un estado casi hipnótico. Sus ojos y sus mentes estaban maravillados, mientras el resto de sus sentidos pedían a gritos salir de aquel lugar nauseabundo.

Finalmente, tras unos minutos decidieron marcharse, aunque no sin antes tomar la delicada estructura del Orbe y todo aquello que les pareció valioso, incluidos los libros y el tratado sobre la historia de aquél mundo lejano. Luego le prendieron fuego a la antigua morada y vieron como los restos se consumían hasta las cenizas.

El tiempo pasó y el resto del mundo, que nunca conoció el prodigio que se había realizado en aquellos penumbrosos montes siguió el curso inalterable de sus días.

Sin embargo, años más tarde, en una única versión de la *Anglo-American Ciclopedia* era publicado un artículo. Un artículo destinado a ser la punta de la daga que rasgaría las esferas que aíslan nuestra realidad para fundirlas deliberadamente con el Todo.

El artículo versaba sobre la historia de un país, su geografía y sus costumbres, su historia y su filosofía, un país del que sin embargo nunca se había hablado antes y que no aparecía en ningún mapa. Un país llamado Uqbar.

## Flor de cerezo

**Javier Maldonado Quiroga**

El Omoshi se inclinó sobre la hierba empapada de rocío. La mañana aún era joven y un viento helado se movía silencioso a través del verde valle. Las huellas en la hierba no eran claras. La mirada, gris como un día de invierno, se elevó y buscó alguna otra señal a su alrededor. Sin embargo, no había nada. Estaba solo.

Siguió moviéndose como una sombra. Era una sombra. Un difuso recuerdo de sí mismo. Ya no quedaba nada más. Las bestias que alcanzaban a percibirlo huían asustadas, como si fuese la muerte misma, encarnada, la que vagaba por aquellos desolados parajes.

Ya no tenía conciencia del tiempo. Sólo reconocía el día y la noche, como un depredador solitario que vaga en busca de su presa, torturado por un hambre perpetua. Y no descansaría hasta dar con ella. O con él. El responsable del dolor que lo consumía por dentro. El que lo había convertido en lo que era: un hombre devenido en demonio.

Vagó toda aquella jornada buscando algún rastro, inclinado, protegido por las sombras de los grandes robles que cuidaban el camino. Cuando llegó la noche, trepó al árbol más cercano, sigiloso —siempre sigiloso— y se dejó envolver por su abrazo de ramas y hojas. Cuando se quitó la oscura máscara, distintivo de su clan, dejó por fin al descubierto sus rasgos, que eran sino los de un niño que recién se ha convertido en hombre. Mas la inocencia de la juventud se había desvanecido demasiado pronto: sólo quedaba una amargura que no podía sanar.

\*\*\*

—No puedes irte. No con ellos.

El muchacho no respondió. Podía sentir aquellos ojos clavados en él. La voz era suplicante. Sabía que si la miraba una vez más, sólo una vez más, se perdería para siempre. Y aún así se giró, y pudo ver aquel rostro pálido, terso como el marfil más puro. El largo cabello negro brillaba tenuemente a la luz de la luna. Una luna que era testigo involuntario de un adiós que no deseaba decir. Por eso eligió la noche para marcharse sin dar explicaciones. Pero ahí estaba Etsuko. Su delgada figura se recortaba fantasmagórica en medio de aquella oscuridad. Y lo observaba. Silenciosa, esperaba por una respuesta.

No fue capaz de mirarla directamente. Temía desmoronarse ahí mismo. Ella era la única que hubiera sido capaz de protegerlo de los demonios que lo atormentaban. Pero ya era demasiado tarde.

—Vuelve a dormir. Tus padres se preocuparan por ti —fue todo lo que dijo el muchacho.

—¡Los Omoshi son asesinos!

—Lo sé.

Y Etsuko no habló esta vez. Una lágrima, sin embargo, se deslizó por su mejilla. Y la luna se vio reflejada en ella, mas no podía comprender el dolor de aquella niña, que comenzaba a convertirse en mujer.

—Ya no soy el que era, Etsuko. Vamos, ve a dormir.

El muchacho, que sólo cargaba un viejo morral, se alejó sin mirar atrás. Pronto las tinieblas lo envolvieron.

Los labios de Etsuko murmuraron un nombre, que se perdería para siempre en los etéreos brazos del viento:

—Okó.

\*\*\*

—Okó.

El Omoshi abrió los ojos, inquieto. Era su voz. Pudo oírla a través de la brisa que movía las hojas del árbol que lo cobijaba. Era ella, estaba seguro.

—Etsuko —dijo, susurrando.

Se quedó inmóvil, poniendo atención a su entorno. ¿Era ella en verdad? Muchos años habían pasado desde la última vez que la había visto ¿Cómo lo había encontrado? No. No podía ser ella. Y aunque lo fuera, no sería capaz de enfrentarla una vez más. No después de todo lo que había hecho.

Cauteloso, como una serpiente, se deslizó a través del tronco hasta llegar a la superficie del bosque. El lecho de hojas secas no emitió sonido alguno bajo su peso. La máscara volvía a cubrir sus rasgos.

No había nadie. Ni Etsuko, ni ninguna otra criatura parecía rondar aquel bosque. Volvía a confundir los sueños con la realidad. No se detuvo mucho tiempo en aquello, pues sabía que estaba cerca de los Bosques Salvajes. Los vigías del clan Nanboku rondaban aquellas tierras. Debía ser cuidadoso.

Durante dos días avanzó casi sin detenerse, imperceptible para la vista y oídos poco entrenados. Una silueta oscura que se deslizaba como un fantasma a través de las sombras del bosque, alimentándose con lo justo: insectos, gusanos, hierbas silvestres y a veces alguna culebra o roedor pequeño.

Una tarde en que el viento tibio le advertía de una tormenta, se detuvo intranquilo. Había otros ojos a su alrededor. Sabía que aún no lo habían visto, pero se movían sigilosos. Lo acechaban. Sabían de su presencia.

Lento, muy lento, sacó la daga que ocultaba en su cintura. Lo había hecho cientos de veces antes. Le era tan natural como abrir y cerrar los ojos. Entonces, con una agilidad que no parecía humana, trepó al árbol más cercano, donde permaneció oculto.

Pronto los vio. Eran tres jóvenes cazadores. Era probable que vinieran de la aldea de Kohana. El menor aún era un niño. Llevaban arcos de caza y largos cuchillos en sus cintos. Hablaban en voz baja, por lo que Oko no pudo entender lo que decían, aunque tampoco lo necesitaba.

Sin darles tiempo de reaccionar, saltó sobre el más grande, enterrándole la daga entre el hombro y el cuello, llegando hasta su corazón y matándolo en el acto. Al segundo, lo degolló aún antes de que este pudiera hacer nada para defenderse. El más joven cayó de espaldas. Sus ojos reflejaban el horror de ver morir a sus hermanos. Y con esta terrible

imagen abandonó el mundo, silenciado para siempre por la daga de aquel demonio vestido de sombras.

Imperturbable, Oko limpió su arma y volvió a enfundarla. De improviso, reparó en un pequeño morral. Al revisarlo, descubrió un par de liebres. Volvió a mirar a los tres muchachos y supo que no lo cazaban a él. Entonces, de pie ante sus cuerpos ya sin vida, trató de recordar cómo había terminado convirtiéndose en lo que era.

\*\*\*

—¿Y quién es este muchacho? —preguntó el viejo de rasgos duros y mirada lúgubre.

El cuarto donde se encontraban estaba oscuro y olía a incienso. Oko alcanzó a ver una serie de pinturas tapizando las paredes de la habitación, donde se reproducían algunos de los paisajes más bellos de Nozoni.

—Lo encontramos vagando al pie del monte Fuyumi, Ryuichi-Kah —respondió el sicario, al tiempo que inclinaba su cabeza.

—¿Debo preguntar por qué no se deshicieron de él en vez de traerlo a nuestra aldea? —volvió a preguntar el anciano, hablando lentamente y remarcando cada palabra.

El sicario pareció dudar un momento, intimidado, antes de responder. Finalmente habló.

—Esa era nuestra intención, Ryuichi-Kah, pero el muchacho le arrancó dos dedos a Fuku... con los dientes.

La sombra de una sonrisa cruzó por el rostro del viejo.

—Karuma —continuó el Omoshi— nos recomendó traerlo con nosotros. Dijo que podía ser del interés de Ryuichi-Kah.

El anciano le hizo un gesto al muchacho para que se acercara, a lo cual este obedeció. Durante un momento no hizo nada más que observarlo sin emitir palabra alguna.

—¿Sabes quién soy yo? —dijo de improviso.

—Ryuichi-Kah.

—Sí, Ryuichi-Kah, uno de los tres grandes líderes del clan Omoshi ¿Qué es lo que buscas entre nosotros?

Oko le devolvió una mirada desafiante, aunque aún era demasiado joven para poder ocultar su temor.

—He venido a aprender el arte de matar. Quiero convertirme en un guerrero Omoshi.

—El arte de matar —repitió Ryuichi-Kah con voz fatigada—. No hay ningún arte en quitar la vida a otro hombre. Ser un Omoshi es una maldición de la cual no podrás librarte nunca. ¿Estás dispuesto a eso?

Oko afirmó con la cabeza.

—¿Qué edad tienes?

—Hace poco cumplí los trece años.

El viejo le dio una mirada fugaz al joven sicario que había capturado a Oko.

—Demasiado mayor —dijo. Luego hizo una pausa, como si reflexionara sobre algo. Entonces volvió a hablar—. Y sin embargo, has venido voluntariamente.

Se puso lentamente, y con gran dificultad, de pie.

—Ayudarás a Li-han con las tareas de la limpieza. Eso es todo lo que puedo ofrecerte por ahora. Pon atención en todo lo que veas y quizá encuentres lo que estás buscando.

Se sentía humillado, y sin embargo el muchacho sabía que ése era el lugar donde debía estar. Aceptó las condiciones señaladas, pero no había abandonado todo lo que conocía para convertirse en un sirviente.

Cuando Oko comenzaba a retirarse, el viejo líder volvió a hablarle una vez más.

—¿Quién es ése al que odias lo suficiente para estar dispuesto a convertirte en un demonio?

—Mizuno Kogen, del clan Nanboku. El hombre que le quitó la vida a mi hermano. Juré frente a su tumba que dedicaría mi vida a vengar su muerte.

Ryuichi-Kah le devolvió una mirada extraña, indescifrable, mas ni una palabra salió esta vez de sus labios.

\*\*\*

Lluvia.

Sus ropas estaban mojadas y a su alrededor sólo había oscuridad. Recordó vagamente la calidez de una chimenea. Alguna vez tuvo un lugar al que llamar hogar. Si las cosas hubieran sucedido de otra manera, quizás hoy tendría el suyo... junto a ella.

No esperó el día para moverse. Sabía que se acercaba a su objetivo. Podía olerlo a través de la brisa húmeda. Nadie lo vio. Nadie pudo percibir la sombra que se deslizaba, sigilosa, en medio de la penumbra más absoluta. Sólo la lluvia, que caía incesantemente. Entonces divisó, por fin, una pequeña aldea, oculta a los ojos de intrusos, escondida en lo más profundo del bosque.

Eran unas quince cabañas, muy rústicas, construidas en un amplio claro. Un suave murmullo indicaba que un río corría cerca de ahí. Oko se mantuvo un largo rato acechando en silencio, mas no había señales de movimiento. Todos parecían dormir.

Sin hacer el menor ruido, se deslizó en la primera vivienda. En su interior dormían una joven pareja y su pequeña hija. Ellos fueron los primeros. El Omoshi siguió avanzando de cabaña en cabaña, silente, la mirada impávida. Y uno a uno sus ocupantes fueron cayendo bajo el filo de su daga. Y nadie pudo oír al demonio con forma de hombre que había llegado con la tormenta.

Pero Mizuno no estaba ahí.

Llegó la mañana y la tierra estaba teñida de rojo. Los lamentos de los Onin pronto se convirtieron en gritos de ira. La bestia que acechaba a su gente sería cazada sin descanso. Pero Oko no sentía temor. Tampoco había culpa. No había nada, excepto venganza. Y unos ojos que lo observaban en sus sueños.

Dos días duró la caza. Y podría haber continuado por semanas, pues el Omoshi era hábil. Sin embargo, los cinco guerreros Nanboku que lo perseguían eran liderados por aquel a quien Oko había buscado durante tanto tiempo. Por fin había encontrado a Mizuno. El demonio se hizo visible, entonces, a los ojos de sus cazadores. Cuatro guerreros cayeron ante él, demasiado veloz y demasiado silencioso para ellos. Sólo uno quedó en pie.

Mizuno Kogen era diferente. Largos años había vivido combatiendo contra los intrusos del norte, aquellos que querían someter a su gente. Sus brazos eran fuertes y veloces y tampoco había temor en él, a pesar de que tenía en frente a un rival poderoso.

—Demonio de sombras —dijo—: ¿Por qué te has ensañado con mi pueblo? ¿Es Laertes quien te envía?

Pero Oko no respondió.

La daga del Omoshi cortó el aire y buscó probar la sangre de Mizuno, pero el Onin también era veloz. Así combatieron, bajo la mirada de árboles que eran testigos de tiempos ya sin memoria. Y alguien más observaba oculto. De pronto, demasiado pronto, la tierra volvió a teñirse de rojo. Oko se mantenía de pie, erguido. A sus pies yacía el causante del dolor que consumía, poco a poco, su alma.

No había alegría, ni satisfacción. No había nada.

Un anciano emergió de pronto de las sombras del bosque. Sus facciones recordaban vagamente a las de un hombre. Parecía como si la piel de su rostro hubiera sido hecha con cortezas de árbol. Un desteñido gorro con orejeras cubría su cabeza, pero sus ojos... sus ojos eran los de un espíritu que ha vivido miles de años. Observaban sin juzgar, como los de un recién nacido.

Con andar dificultoso, ayudado de un largo bastón de nudosa madera, se aproximó a los cuerpos sin vida de los cinco guerreros del clan Nanboku. Los observó detenidamente. Luego elevó la vista hacia Oko, quien lo estudiaba, receloso.

—¿Aún sigue ahí, no es verdad? —preguntó el viejo sin dejar de mirarlo.

El semblante del Omoshi, protegido por la oscura máscara, sólo se ensombreció aún más.

—El dolor... la angustia —volvió a decir el viejo—... sé que aún siguen ahí. Creíste que tomando la vida de quienes te habían causado daño, podrías liberarte de ellos... pero no fue así.

Las manos de Oko, cubiertas de sangre, temblaban levemente. La daga aún descansaba en su mano derecha. No necesitaba oír las palabras de aquel anciano. No quería hacerlo. Resuelto, se acercó a él con la clara intención de silenciarlo. Lo había hecho tantas veces con anterioridad. El viejo sólo le sonreía. No hizo ademán de defenderse o retroceder. Se mantenía quieto y despreocupado, como si tuviera ante sí al más querido de los amigos.

El sicario no alcanzó a hacer más que un gesto. Aún antes de que su arma rozara su objetivo, una silueta plumiza se abalanzó sobre él, estrellándose con fuerzas sobre su pecho, haciéndolo caer violentamente al suelo. Mas su impresión fue sólo momentánea. Al segundo siguiente, Oko ya se encontraba de pie nuevamente, preparado para enfrentar a cualquier enemigo. Pero no esperaba encontrarse con la bestia que tenía ante él.

Un enorme lobo gris lo observaba amenazante. El pelaje de su lomo se encontraba completamente erizado y sus ojos estaban inyectados de una ira salvaje. Sus descomunales colmillos brillaban intensamente, como si reflejaran la luz de una estrella gigantesca. Por primera vez en mucho tiempo, el joven asesino sintió la gélida caricia del miedo deslizarse por su espinazo.

—Ya, ya, Shiro —dijo el anciano, como si tratara de calmar a un pequeño cachorro—. Sólo es un chiquillo torturado por una tristeza arraigada por demasiado tiempo. No es como ellos... no lo es.

Pero Oko ya no se consideraba un chiquillo a sí mismo. Era un demonio. Una bestia cazadora de hombres. Ya no había vuelta atrás. Ryuichi-Kah se lo había advertido. Sólo la muerte podía liberarlo. Un grito gutural, insano, brotó de su garganta, como si con ello exorcizara a los espectros que lo acechaban, escondidos en sombras imperecederas. La máscara de ébano pareció desfigurarse en una mueca de angustia. Y así, entregado a su destino, se abalanzó sobre Shiro, el lobo gris que era más de lo que aparentaba.

El encuentro fue violento y desigual. Y sin embargo, el sicario se las arregló para eludir las fauces de la bestia que buscaban cerrarse sobre su garganta. El Omoshi era veloz y letal como pocas criaturas vivas, mas su rival no era el indicado para medir fuerzas. En un



leve descuido, los colmillos del lobo gris de incrustaron en su hombro derecho. La daga escapó de sus dedos. Desarmado, y vaciado de sus energías, habría muerto de no ser por una voz que sonó como un trueno en medio del gran bosque.

—¡Shiro, basta!

Y Shiro, por supuesto, obedeció. Trotando altivamente, se colocó tras el anciano, quien no dijo nada más. Se acercó hasta donde Oko se encontraba, herido, mas sus ojos aún reflejaban una ira que no parecía ceder ante nada. Cuando estuvo sólo a un paso de distancia, acercó su rostro al del sicario y lo observó. Entonces dijo:

—El dolor se irá cuando aprendas a dejar ir.

Durante un momento el bosque entero se sumió en un silencio sobrenatural. Aunque los rasgos de Oko se ocultaban tras la enigmática máscara, un cambio en su actitud se hizo evidente ante la mirada del anciano. La cabeza se inclinó, como cediendo a un peso invisible, los brazos cayeron lacios a los costados, y todo su cuerpo pareció rendirse por primera vez en muchos años. La mano del viejo se posó, suave, sobre el cabello, negro y desordenado. Un estremecimiento leve, instintivo, fue la respuesta. Las barreras comenzaban a derrumbarse.

—Me llamo Jork-Ok —dijo con voz amable—. Un nombre limitado que ya no puede reflejar lo que soy ahora, pero me ayuda a recordar quien fui alguna vez.

Dicho esto, y muy lentamente, comenzó a quitar la máscara que cubría las facciones del joven sicario. Cuando hubo terminado la arrojó al suelo, como si no fuera más que un simple desecho. Y entonces pudo ver el rostro de un niño convertido en hombre demasiado pronto. Los ojos desbordados por lágrimas largo tiempo guardadas. Y la mirada gris no era la de un demonio. Ya no.

\*\*\*

El vagabundo se detuvo frente a una vieja sepultura. Parecía haber sido abandonada largo tiempo atrás. Su presencia atraía las miradas de los aldeanos, siempre temerosos de los extranjeros, mas este no parecía peligroso. Sus vestimentas eran humildes, sucias y raídas por el uso excesivo. Una tupida barba negra cubría la mayor parte de su cara. No traía nada consigo, a excepción de una vara de madera.

Cerró sus ojos y se inclinó respetuosamente.

—Disculpe, señor —le habló una voz—. ¿Conocía usted a este hombre?

El vagabundo giró y se encontró con una mujer de aspecto triste y cansado. Llevaba el largo cabello negro recogido en una sencilla cola de caballo. El rostro era muy pálido. Alguna vez había sido bella, sin duda, pero los largos años de trabajo se habían llevado consigo todo lo bueno de la juventud.

—No —respondió él con cortesía—. Sólo buscaba un lugar tranquilo donde descansar.

—Esa sepultura no recibe la visita de nadie. Creí que podría ser algún familiar que andaba de paso por la región.

—Sólo soy un ermitaño.

—Ya veo.

Haciendo una sencilla venia, la mujer se despidió y continuó su camino. Él la observó durante un largo rato, hasta que la frágil silueta pareció desvanecerse. Y aunque el rostro estaba sereno, los ojos parecían extraviados en un recuerdo lejano.

Un nombre que creía olvidado escapó de sus labios. Sólo una vez.

Pronto el vagabundo reanudó su marcha. La mirada gris se elevó y contempló al amplio cielo azulado.

Una flor de cerezo reposaba sobre la vieja sepultura.

## Entre cuatro paredes

**Samir Muñoz Godoy**

«Espadas, hechiceros, paladines, bestias y la profecía que hay que cumplir... ¡Qué novedad! Y un malvado tantas veces visto. Repasa a Tolkien, Le Guin, Pratchett, Lewis o Gallego García (cualquiera que te sirva de inspiración), porque ahora le dicen inspiración, ¿cierto? Lee algunos manuales de rol, averigua de mitología y no le digas mitología. Pon algo que ruja, que tenga garras venenosas o que tire rayos por las manos: el engendro que ni tú creías que podías imaginar. Así de fácil (tan sólo moviendo tus dedos) y tendrás un mundo. Ojala que le guste a alguien».

Melej siempre se burlaba, con alguna de estas fórmulas, de mi afán de escribir literatura fantástica. Él era fiel a Donoso, Benedetti y Dumas. Vivía en Subercaseaux, a dos cuadras, pero nunca nos habíamos hablado. Teníamos un amigo en común, pero ya ni su nombre recuerdo (hay tantas cosas que ya no recuerdo). Alguna vez nos presentó, aunque creo que no era tan buen amigo. A Melej también le gustaba ella, pero él olvida más rápido. Hubo una cierta rivalidad, que luego se traspasó a nuestras impresiones literarias. Aún así, apoyaba mis proyectos. Incluso sugirió el nombre de mi primer blog.

Todo ha cambiado. Yo y mi afán por la literatura fantástica están encerrados en un baúl. Ahora le cuento mis memorias a las paredes. Fue ese día nublado, en el verano de 2010, en Santiago de Chile. Sí, un año épico. Terremoto, mineros sepultados, los noticieros con más material que nunca para evadir las noticias. Afuera deben tener mártires y héroes de sobra. Y yo acá, olvidado, pensando en Elfos y dragones que hablan. Siempre los creí la raza sabia, los más poderosos. En mis relatos, el mejor enemigo, maestro o héroe era un Elfo o un dragón (mis relatos, mis intentos de memoria).

Ese día nublado me habían invitado al Parque O'Higgins a una junta masiva, la excusa para beber y olvidar a quien abrazas. No me atreví a ir porque ella iba. Busqué el control remoto y comencé el deporte urbano. Estaba nublado, pero había sol. Había algo como el sol.

Melej llegó cuando ya era tarde para escapar al parque. Abrió la reja. Escuché el portazo metálico, y golpeó la puerta de madera con violencia. Me sobresalté, dudé unos momentos, dejé a medias el documental y abrí la puerta. La cerré. Era Melej, lo sabía. Pero cerré (y cerré algo más que la puerta).

Luego —no sé bien por qué— volví a abrir, y esta vez él puso el zapato embarrado en el umbral. Lo miré, entornando los ojos. Quería y no quería guardar esa imagen. Llevaba el pelo transpirado y las patillas aplastadas contra el rostro. Su ropa, en general, mostraba

marcas de quemaduras y barro. Lo dejé entrar con un gesto. Él se lanzó sobre el sillón de dos cuerpos; yo me acomodé enfrente.

—¿Vuelves del Parque? —aventuré. Esperé unos segundos, pero Melej no contestaba —. ¿De dónde vienes?

Pareció reconocermme y sonrió (cuando yo me reconozco también sonrío). Murmuró algo. Sus manos temblaban y movía un pie a un ritmo frenético, golpeando el sillón. No modulaba y los retazos de palabras que dijo en ese momento ya no son importantes.

—Melej, hueón, respóndeme.

—Dragón... Elfo.

—¿Quieres agua?

—Sí... agua... eso. Agua. Que no queme.

Ignoré su respuesta por segunda vez. ¡Qué petulante fue de mi parte! Le llevé un vaso con agua, de la que no quema. Bebió, dejó el vaso sobre la mesa y pareció despertar. Allí comenzó a narrar su historia.

Mientras tanto, yo le robaba miradas al televisor. En verdad, el documental era uno de mis favoritos, aunque fuera una repetición. Hablaba sobre la tierra sin humanos. ¡Qué utopía! Pero les faltó considerar un factor: ahora dudo si habrá otros allá fuera. Si habrá realidad allá fuera. Pero en fin, la historia quedará grabada en tu memoria, paredes, o caja oscura. O eso espero, eso sueño.

Y pensar que no había escrito ningún cuento el último mes. Los últimos dos meses. Me desvivía en poesía de amor cursi, pero mejor olvidemos esa parte. El punto es que estaba ajeno de la fantasía, molesto de que toda heroína o princesa llevara el nombre de ella. En fin, Javier me lo había advertido:

—No te hagas amigo de ella —sentenció—: si te gusta, dile y punto.

Claro. Pero ya es tarde para las palabras, lo sé, pero necesito contar lo que creo. Melej fue solo un aviso de lo que vendría, un aviso al que me demoré demasiado tiempo en poner atención.

—¿Qué dijiste sobre el Elfo?

—Aedril, así se llama.

—¿Quieres que escriba un cuento? Igual me gusta el nombre.

—*Escúchame*, hueón. Ya te dije que había abierto ese libro que encontré en la casa. Y lo leí, o sea, pronuncié las palabras. No sé qué dije. Pero fue como esas películas, cerré el libro, lo tiré lejos y golpearon la puerta. Y yo vivo en departamento, el conserje no me llamó. Pero igual abrí, hueón. No sé por qué. Cuando abrí, juré que eras tú de bromista. O sea, un loco de capa, traje apretado, rasgos finos y ojos almendrados. Sé que no tienes dinero para eso, pero igual. No sé hueón. No dijo nada, entró y se fue derecho al libro. Lo abrió y leyó. Pero en sus ojos se notaba que entendía, que sabía.

Recién ahí me di cuenta de que algo pasaba. Y no por el relato, que podría haber sido una broma cruel del día de los inocentes. No. A lo lejos se comenzó a escuchar un retumbar. Luego uno que otro grito. Y luego—

—¡Aedril! —gritó Melej mientras corría a la ventana.

Lo seguí. No sé porqué, pero lo seguí. Melej miraba por la ventana al costado de la puerta, pero mi curiosidad pudo más. Abrí la puerta. Levanté la mirada y escudriñé el paisaje: primero mi antejardín, luego el terreno baldío de enfrente, luego el jardín de las casas de la otra orillas. Y el dragón, claro. Una cuadra nos separaba y yo podía ver sus alas, mientras caminaba con paciencia hacía nosotros. Y el Elfo también. Un *best-seller* que

rugía y, lo supe, escupía fuego. Melej se aferraba al vidrio, pero yo no aguanté. Lo agarré por el cuello de su polera. Aún así, él seguía mirando la pareja que caminaba por Siete Sur.

—¡Hueón! ¿Qué es eso?

—Aedril y Legión—

—¡Hueón!

—Aedril invocó al dragón. Escuché el rugido y me asomé a la ventana. No sé cómo me alcance a quitar. O sea, salté lejos y vi el fuego entrando, hueón. Igual me quemó un poco. Aedril dijo algo que ya no invocaría a nadie más. No sé que me pasó, hueón, sabes que no me gusta pelear. Pero tome un florero y se lo tiré. Le cayó en la cabeza, y *knockout*. De esas hueás que te pasan una vez en la vida. Tomé el libro y salí corriendo para acá. Tú sabes de bestias raras, ¿cierto?

—¡Yo escribo sobre bestias raras y estas cosas, pero de ahí a que *sepa*!

—Te traje el libro —susurró, mientras abría el bolso negro— No sé, no sé.

—Presta, hueón.

Sí, fui un poco brusco. Pero venía un dragón y un Elfo caminando hacia nosotros. Y a Aedril le brillaban las manos. Abrí el libro y vi la imagen de un grifo. Los grifos siempre son buenos, *siempre* son buenos... ¡hasta Carlomagno galopaba grifos! me convencía antes de empezar a leer. Eran cuatro líneas, diez segundos (diez segundos cuando el tiempo importaba). El dragón y Aedril ya comenzaba a cruzar Valenzuela Llanos. No esperamos al grifo; me revisé el bolsillo, y ahí tenía las llaves. Empujé a Melej y él entendió de inmediato: corrimos y entramos a Pedro Luna por el callejón al lado de mi casa. Vi el destello y el humo saliendo. El grifo no aparecía por ningún lado. Entonces nos encontramos con Paulo, que caminaba por la plazoleta del pasaje.

—¡Corre, hueón, corre! —le grité.

Y entonces él vio al dragón asomándose, o si no, no me explico la cara que puso y el grito que siguió (aunque hay tantas cosas que no me explico: los Elfos, los dragones, las paredes). Pasamos a su lado y yo miré para atrás. Aedril volvía a brillar. Doblé para salir a Quirihue, pero no me seguían.

—Hasta Carlos Valdovinos —avisé, mientras intentaba sentir algo que me sonara al grifo. Me giré para mirar a Melej y Paulo. Pero sólo uno corría. El otro no estaba. Entonces me di cuenta que Aedril ya no brillaba.

—¡Melej, hueón, apúrate! —y entonces el dragón hizo su gracia.

Me oculté tras una pared y vi como una bola de fuego incendiaba la plaza. Tras ella pasó Melej corriendo y entonces tuve una idea. Tenía el dedo marcando la página que acababa de leer. Apuré el paso. La gente se asomaba, miraba al dragón y cerraba las cortinas. De repente apareció una patrulla policial por Quirihue; la comisaría estaba a tres cuadras. Entonces, los pacos se bajaron y miraron al dragón. Se demoraron un rato en reaccionar y sacar las pistolas.

—¡Oye, hueón, deja a los pacos y corre! —me llamó Melej, mientras doblaba por Valenzuela Llanos.

Entonces recordé la idea que había tenido.

—¡Melej, espera! —grité.

Él dudó, pero se detuvo. Lo alcancé y nos apoyamos en la pared. Se oían los primeros disparos, nuestra agitación, y los rugidos del dragón

—Lee esta página.

—Yo no vuelvo a leer esa hueá, hueón.

—Quiero probar algo, lee.

Melej tomó el libro y abrió la página que tenía marcada. Pronunció algo parecido a lo que yo había dicho en mi casa. Y entonces un graznido. Apareció la bestia justo cuando la patrulla era incendiada por el dragón. El destello de Aedril terminó de dejar negro el esqueleto de la camioneta. En medio de la calle ya no quedaban policías. El grifo se detuvo frente de nosotros y nos miró.

—Melej, dile algo.

—Mata al dragón y al Elfo.

El grifo abrió las alas y levantó el vuelo. Me recordaba al león del zoológico, sólo que menos cansado, más libre, más nuevo. Era hermoso: su plumaje y su pelo era de un arrebol manchado de blanco en el pecho (lo he dibujado varias veces en la oscuridad). Graznó y se lanzó con las garras hacia el dragón, que era tres veces su tamaño. Le agarró un lado de la cabeza y vi como salía sangre. Melej miraba la escena y sonreía.

—¿Qué es ese pájaro?

—Un grifo, fue lo primero que vi en el libro.

—Toma, dime qué otra cosa puedo llamar.

Abrí el libro y comencé a hojear. Sí, leía mientras un dragón y un grifo peleaban a una cuadra. Sólo oía rugidos y graznidos. Entonces vi la silueta de un hombre que parecía arder y una palabra que conocía.

—Toma, lee eso. Es un Pillan.

—¿Un qué?

—Mitología mapuche... un espíritu, ¡qué te voy a explicar ahora! Lee.

Melej comenzó a pronunciar. Cuando terminó sentí un calor entorno a nosotros. Y la silueta del hombre en llamas.

—¿Quién es el invocador?

—Yo, yo soy —contestó Melej, con un tono distinto.

—Mi nombre es Pewmafe. ¿Qué necesitas?

—Invoqué a un Elfo, dijo que se llamaba Aedril. Después él invocó a un dragón al que le dice Legión. Y no sé, ataca, lanza fuego. Acábalos.

—¿Tenías que invocar a Aedril?

—Pewmafe —interrumpí, ya que me sentía demasiado ignorado— ¿Qué es todo esto?

—Mi nombre es *Pewmafe*. Y esto es un libro para sacarnos de la realidad. Y eso que está luchando con Legión es Gween, y aunque no veo a Aedril, lo conozco. Es un general del otro ejército, del invasor.

—Muchos nombres, Pewmafe —Melej pareció regañarlo, usando otra vez ese tono—. ¿Nos puedes ayudar?

—Claro. No puedo traer a nadie al mundo de las ideas, pero tú sí. Abre el libro y en la página cincuenta y uno. Léelo. Y después la trescientos trece.

No sabía cómo continuaría la historia. Pero Melej no dudó y comenzó a buscar los números que el Pillan había dicho. El grifo seguía luchando, pero ahora me fijé que tenía un ala chamuscada. Mire alrededor y vi al Elfo apoyado contra una pared, concentrado en la pelea. Al parecer no nos veía. El dragón sangraba por un ojo y lanzaba bolas de fuego o mordía el aire. Melej terminaba la primera invocación.

—*Anchimmallen, mari mari* —saludó el Pillan—. Mira quien vino antes que nosotros. Se dio vuelta la sorpresa, ahora nosotros los tomamos desprevenidos.

—Legión es mío, ese grifo no va a durar —contestó el ser de fuego.

Caminaba en cuatro patas, pero en sus rasgos felinos asomaban retazos humanos y hablaba. De pronto escuché que Melej gritaba; lo envolvía una luz añil. Di dos pasos, pero

me detuve ante la mirada y el cuerpo del Pillan. Esperé, no podía hacer nada más. Cuando se quitó el espíritu mapuche, pude ver que mi amigo ya no era mi amigo. Ahora vestía una larga manta de diseños geométricos rojos y negros, desde donde asomaban sus brazos y piernas cubiertos por un ajustado traje oscuro. Y su mirada era diferente.

—Invocador, bienvenido —celebró Pewmafe—. Mejor guarda el libro y ocupa tu memoria.

—Ya sé que hacer, Pillan —y mirando a Anchimallen agregó—. Tú ya deberías haber matado al dragón.

—Pero es divertido ver luchar al grifo.

—No nos pasará lo mismo que hace quinientos años, no hay tiempo que perder.

El felino de fuego parecía dudar. En ese momento vi al grifo elevarse unos metros y lanzarse en picada hacia el dragón. Cuando ya faltaban unos pocos metros, Legión lanzó una bola de fuego y el grifo cayó a tierra, fulminado. Anchimallen sonrió, y ya no estaba. A continuación, el león de fuego mordía el cuello del dragón, volviéndolo de un negro ceniza que avanzaba por las escamas verdes. La bestia rugía y Aedril calló en cuenta que nosotros estábamos allí. Miró a Pewmafe, a Anchimallen, y a ese que una vez había sido Melej.

Escuchaba un enjambre de sirenas entre los últimos gritos del dragón que se consumía. Luego vinieron los disparos, que se perdían en las paredes. Aedril cruzó los dedos, bajó la cabeza y me miró. Sonreía. Cerré los ojos, esperando.

De pronto, no había calor, ni disparos, tampoco hubo destello alguno. Solo terminé aquí, encerrado en una caja negra, entre cuatro paredes. Contando historias de fantasía, de amigos, Elfos y Pillanes. Como si esas cosas pasaran.

## La búsqueda de Gélach

F. A. Real H.

Los tripulantes del navío observaban al mercader con recelo.

De alguna manera sabían que aquel hombre —de ojos color miel y tez tostada por la exposición a los elementos— no encajaba en su arquetipo de comerciante. Quizás había algo en su actitud pensativa, o en sus ropas de inusual calidad que lo diferenciaban del resto de los pasajeros. Sin embargo, era en verdad su mirada —que reflejaba una pena y un tormento insondables— lo que les desconcertaba. Así, la mayoría de ellos lo trataba con fingida cortesía, mientras que el resto lo rehuía con manifiesta frialdad.

La verdad es que los marineros tenían razón, puesto que el comerciante del Este Bárbaro era en realidad un Encantador, intentando infiltrarse en el Oeste Civilizado.

\*\*\*

En su primer viaje al Oeste, Aed había usado una treta similar mientras se dirigía hacia la Capital del Imperio Interminable. En aquella ocasión, sin embargo, el Encantador no había levantado más sospechas que las que cabía dar a un andar seguro y a un comportamiento afable y acogedor. La tripulación de aquel barco —de cuyo nombre Aed no podía acordarse, por más que lo intentara— recordaba a un viajero que solía divertirse con sus compañeros de viaje y que había pagado generosamente por su traslado.

Durante aquella incursión —recordaba el Encantador— él viajaba hacia el Oeste en busca de un poderoso artefacto que, presumía, podría alterar el curso de aquella guerra eterna entre el Este Bárbaro y el Oeste Civilizado. Según sus investigaciones arcanas, el fabuloso *Cristal Carmesí* poseía un poder que había asombrado hasta a los más legendarios Encantadores. Lamentablemente, los grimorios que Aed había estudiado localizaban el objeto de poder en medio del Oeste Civilizado. Para ser más precisos, en la Capital Imperial de Aislingid, la Ciudad de los Sueños. Llegar hasta él sería toda una aventura. Sin embargo, a pesar del riesgo que implicaba tal proeza, el Encantador pensaba que valdría la pena arriesgarse a cambio de obtener una recompensa semejante.

En aquella época, Aed era feliz. Quizás no a la manera tradicional de los Encantadores, que disfrutaban sólo con avanzar en sus complejos estudios mágicos, o con adquirir un poder o artefacto inigualable por sus pares. Al contrario de todos ellos, Aed había encontrado la felicidad porque existía alguien que lo amaba. Y ese alguien era su mujer, Bláithín.



El Encantador vivía ahora atormentado por sus recuerdos, de aquella vida que parecía haberle ocurrido a otra persona. Así, pasaba la mayor parte de esta nueva travesía al Oeste en cubierta, mirando las mil y una caras del mar, que el barco surcaba sin mayores dificultades. En los ratos en que no estaba allí, se dedicaba a consumir los destilados que otros mercaderes le ofrecían a cambio de algunas monedas, tratando de borrar el recuerdo que más lo atormentaba.

—¿Qué te trae el Oeste, viajero? —la pregunta provenía de un viejo de tez blanca, que observaba al Encantador desde el mástil del barco, sonriendo con los pocos dientes que le quedaban—. ¿Y? ¿Me lo vas a decir o no? Créeme, no soy ningún Romperunas.

—Si quieres saberlo —respondió Aed, lentamente mientras bebía de su vasija—... busco la Gran Runa Lunar. ¿De casualidad no eres un Inscribidor de Runas, cierto?

—No —le dijo el viejo— para tu suerte, no lo soy. Sólo soy un viejo mercante, eso es todo.

Durante el viaje, el Encantador había intentado (de esta y otras maneras) obtener información de otros viajeros acerca de la ubicación y ocupación de los Inscribidores de Runas Imperiales. Luego de un par de intentos fallidos, principalmente debido a las sospechas de algunos pasajeros de que Aed era en verdad un Romperunas, intentando atrapar a algún conocedor de la magia trasgresor de la ley, el Encantador pudo averiguar que los Inscribidores de Runas eran usualmente solitarios.

Además, normalmente eran usados como agentes de los Romperunas en los puertos del Imperio, principalmente como Actuarios. Considerando la información reunida, Aed imaginaba que su mejor oportunidad sería intentar atrapar al Inscribidor que tendría la misión de registrar su llegada al Puerto Imperial más cercano.

\*\*\*

Caiside era una Inscribidora de Runas como cualquier otra.

Ceñuda y ermitaña, no disfrutaba para nada de su labor como Actuaría del Puerto Imperial de An Eilvéis. Si hubiese sido por ella, su tiempo se habría dividido en partes iguales entre estudiar sus Tomos Rúnicos y practicar con su arco. A pesar de que el entrenamiento con arco no era inusual entre algunos Inscribidores —como medio de defensa en caso de que la Inscripción de Runas fallase, por un motivo u otro—, Caiside ponía una gran dedicación en ello puesto que, aunque jamás lo confesaría, sabía con certeza que no era una gran practicante de su oficio.

A pesar de haber sido instruida por un Inscribidor de gran talento y fama, Caiside nunca había tenido lo que otros llamaban «el don». Para ella, ser Inscribidora implicaba una gran dosis de auto-disciplina, trabajo y esfuerzo y, siendo mujer, estaba acostumbrada a tener que sobre-exigirse para poder recibir un trato más o menos igualitario por parte de sus compañeros masculinos. Así, intentaba hacer su trabajo en el Puerto —que un par de veces por semana la obligaba a dejar su auto-asumida reclusión— con la mayor celeridad y presteza posible, intentando mantener todo en regla para que no hubiese ninguna duda, que pudiese provocar una investigación sumaria de los Romperunas.

Aquella mañana, Caiside dejó la abandonada mansión en donde residía, luego de que el Prefecto local le avisase de la llegada de un barco que requería inspección. En medio del apuro, la Inscribidora olvidó llevar su Tomo Rúnico. Al llegar al puerto, Caiside pudo ver una embarcación de tamaño mediano, con blancas velas que ahora yacían replegadas y la figura de una atractiva mujer salvaje en el mascarón de proa. Su asistente, Elweard, le

informó que la nave se llamaba *Sol de Amanecer* y que sus papeles parecían en regla. El cargamento principal del navío eran mercancías varias, y traía una lista de pasajeros que había sido corroborada ya en gran parte.

Con el fin de apresurar el proceso, la Inscritora dejó a su asistente revisando a los pasajeros restantes mientras ella se preocupaba del cargamento en busca de mercancías prohibidas. Al llegar a la bodega principal —previa indicación del contramaestre del *Sol de Amanecer*— Caiside recién se percató que había olvidado su Tomo Rúnico en la mansión. Maldiciéndose por tal descuido, decidió que haría como si todo estuviese en regla y volvería junto a Elweard. Justo cuando estaba por abandonar la bodega, sintió el toque de frío acero en su nuca, junto con unas palabras susurradas a su oído:

—Llévame con el Inscritor de Runas más cercano, o te juro que no vivirás para contarlo.

\*\*\*

Aed había decidido esconderse en la bodega principal en espera del Inscritor de Runas, que sin duda debería revisar el cargamento en busca de mercancías prohibidas. Según su razonamiento, había mejores posibilidades de emboscar a alguien en medio de bultos en la penumbra que intentar hacerlo al aire libre y a plena luz del día. Por ello, cuando la figura de una joven de pelo ondulado y esbelta figura apareció en medio de las escaleras que conducían a la bodega, nada más ni nada menos que con un arco de tejo cruzado en la espalda, y sin signos de un Tomo Rúnico por ninguna parte, el Encantador maldijo su condenada suerte. Había esperado a un hombre maduro o incluso viejo, afirmándose en un bastón y con un abultado tomo bajo el brazo, no a una jovencita que más parecía una Salvaje del Este que una Civilizada del Oeste.

Sin embargo, la descuidada joven había hecho cierto atisbo de investigar el contenido del cargamento, por lo que debía ser algún tipo de asistente del Inscritor a cargo, razonó el Encantador. Así, Aed decidió que su suerte no era tan mala después de todo. Luego de que la muchacha se dio por satisfecha después de una superficial inspección, el Encantador se posicionó bajo las escaleras. Justo cuando pensaba atacarla con algún Encantación que la adormeciera o debilitara, Aed notó que sus capacidades mágicas estaban seriamente disminuidas. Cuando la muchacha comenzaba a subir los escalones hacia la cubierta, Aed atisbo una forma metálica en el suelo de la bodega, una de las uñetas que los marinos ocupan para abrir cajas. En medio de su desesperación, el Encantador la cogió y se decidió a ocuparla como arma contra la joven.

Luego de musitarle una amenaza al oído, la joven se quedó congelada. Tras tragar saliva, atinó a contestarle:

—No sé qué pretendes obtener, pero te aseguro que ningún Inscritor de Runas se dejará chantajear por ti, *salvaje*.

—Es notable que me trates de salvaje, en especial cuando tú pareces una, muchacha — fue la respuesta de Aed—. Deberías considerar que tengo un arma filosa justo en tu nuca antes de soltar tu lengua de esa forma.

—Está bien —respondió Caiside con terquedad—. Te llevaré con el Inscritor local, pero primero debes prometerme que no me harás daño.

—Prometido —fue la lacónica respuesta del Encantador.

Mientras subían las escaleras, el Encantador pudo notar que a pesar de la situación en la que se encontraba, la muchacha no parecía temerle en demasía. Más bien parecía que los

sentimientos predominantes en la joven eran una mezcla de orgullo herido y molestia consigo misma. Intrigado, decidió que sería conveniente darle una oportunidad de explicarse luego de que lo llevase con el Inscribidor local.

Justo cuando estaban por salir del barco, Caiside vio a su asistente mientras charlaba con el capitán del *Sol de Amanecer*. Sin dudarlo por un segundo, giró sobre sus talones y agarró a Aed por las muñecas, girándolas en el proceso. Luego de que éste quedó sometido, la Inscribidora le gritó a su ayudante:

—¡Elweard, un salvaje, aquí!

El muchacho, entre sorprendido y asustado, echó a correr rampla abajo del barco hacia la caseta que dominaba el muelle, mientras Caiside intentaba dominar al ahora enfurecido Encantador, que vociferaba mientras intentaba zafarse del firme agarre de la Inscribidora. En los preciosos segundos que Caiside ganó para él, Elweard fue capaz de convocar a una docena de guardias, que armados con alabardas se dirigían hacia la cubierta del *Sol de Amanecer* a toda velocidad.

Fue entonces cuando Aed se dio cuenta de que su vida y, más importante aún, su cometido, estaban en peligro. En un instante, pudo sobreponerse al pánico inicial y decidió un curso de acción. Con un movimiento de balancín logró liberar una de sus manos. Apenas ésta quedó libre, la introdujo entre los pliegues de sus ropas, de donde extrajo el *Cristal Carmesí*. Sin esperar a ver qué harían los otros, comenzó una Encantación que le permitiría transportarse a un lugar seguro.

Mientras comenzaba a recitar las palabras arcanas que canalizarían el poder extraído de la piedra, Caiside se abalanzó sobre el Cristal, que ahora brillaba con su acostumbrado resplandor rojo. Fue entonces cuando Aed notó una invasión en su consciencia mágica; una intromisión que sólo podía ser producto de un usuario de la magia, alguien acostumbrado a percibir las energías del Cambio que flotan en el Mundo. En ese instante, la joven que no le había temido se le reveló como una Inscribidora de Runas.

Antes de que pudiese verbalizar su asombro, la Encantación se había completado y el paisaje del muelle de An Eilvéis había desaparecido por completo.

\*\*\*

Cuando Caiside abrió los ojos, lo primero que recordó fue un brillo escarlata encegueciendo su mirada. Instintivamente, puso su antebrazo para cubrir sus heridos ojos. Luego de un rato, se dio cuenta que el fulgor había desaparecido, y junto con él la cubierta del *Sol de Amanecer*, el barco mismo... ¡Y todo el Puerto de An Eilvéis!

En ese momento, la Inscribidora se dio cuenta que estaba en medio de un frondoso bosque de pinos. La luz de la luna iluminaba tenuemente sus alrededores pero Caiside podía ver perfectamente en la penumbra. Cuando empezaba a preguntarse por el Salvaje que la había traído allí, sintió una voz a sus espaldas:

—Veo que ya has despertado —le dijo el hombre de tez morena. Su voz sonaba extrañamente complacida, como si nada de lo que había ocurrido le importara—. Me preocupaba que el golpe hubiese sido más grave.

—Claro que estoy despierta, *salvaje*. Despierta y adolorida, gracias por preguntar.

—¿Sabes dónde estamos? —la preguntaba sonaba casual y francamente amigable.

—No lo sé, troglodita —la respuesta de Caiside fue caústica, llena de rabia y frustración—. No suelo viajar de maneras *barbáricas* como tú.

—Para serte sincero, yo tampoco —una media sonrisa se dibujó en el rostro de Aed—; de hecho, es la primera vez que lo hago.

Caiside intentó levantarse del suelo, pero la cabeza le daba vueltas. Estaba mareada y trastabilló, desplomándose. Antes de caer, sintió como el firme brazo del Encantador la sostenía y la depositaba amablemente en el duro suelo del bosque.

—Si fuera tú no intentaría eso de nuevo, al menos no por ahora. Mientras descansas, ¿por qué no me cuentas cómo es que te convertiste en Inscritora de Runas?

La Inscritora lo miró con una renovada admiración. Así que el Salvaje había penetrado su disfraz, pensó. «¿Qué me habrá delatado?» se preguntaba. Justo cuando pensaba hacerle esa pregunta, el Encantador la respondió:

—Fue tu consciencia mágica la que te delató, por si te lo preguntas. La misma que nos puso en este lugar.

—¿A qué te refieres?

—Mi Encantación estaba destinada a llevarme sólo a mí a un lugar seguro. Cuando te entrometiste en ella, todo se deformó y tu consciencia afectó la urdimbre mágica. Así fue como vinimos a parar aquí. Supongo que es algún lugar que tú consideras seguro, en medio del Imperio. Lo último, lo sé porque siento mi habilidad de canalizar las fuerzas del Cambio muy limitadas.

Caiside meditó las últimas palabras del Encantador con cuidado. Con que estaban en medio del Imperio y en un lugar que ella consideraba seguro, y con el salvaje *muy limitado*. ¡Si tan sólo tuviera su arco cerca!

—Y bien, ¿vas a responder a mi pregunta o no?... A propósito, mi nombre es Aed.

—¿Te llamas *Fuego*? ¡Qué nombre más bárbaro!... Bueno, en fin. Mi nombre es Caiside y sí, soy una Inscritora de Runas. Y no, no pienso contarte la historia de mi vida y volverme tu amiga.

El Encantador, a pesar de sí mismo, estaba fascinado con la mujer de la melena áurea. Había algo en ella que le recordaba a Bláithín. Quizás era su manera de ser, tan salvaje como la de su mujer cuando la había conocido. De alguna extraña manera sentía que esta muchacha podría entender su dilema, a pesar de la actitud fría y distante que mantenía. Fue entonces cuando Aed le confesó por primera vez a alguien su terrible padecimiento.

Y fue Caiside la primera persona que escucho de los labios del Encantador como, al regresar a su residencia luego de adquirir el *Cristal Carmesí*, él no pudo notar cómo su amada Bláithín se había debilitado en su ausencia. En aquellos ojos donde antes había una luz llena de jovialidad y vida, ahora hacían residencia las sombras de la muerte. Más aún, ante la presencia de la piedra, el estado de Bláithín sólo pareció empeorar. Cada día que pasaba sus fuerzas menguaban y vivir se le hacía más difícil. Al final, ni siquiera podía levantarse de la cama donde yacía moribunda y sin energías. Fue entonces cuando Aed decidió ocupar el poder del Cristal.

Lo que pasó después nadie lo pudo prever.

Al comienzo, la Encantación pareció funcionar correctamente. El *Cristal Carmesí* brilló con su acostumbrado fulgor escarlata, mientras Bláithín comenzaba a levantarse de su letárgico estado. Justo cuando las esperanzas de Aed parecían volverse realidad, su esposa se acercó con celeridad hacia la piedra y la tomó entre sus delicadas manos. En un instante, el Cristal comenzó a distorsionarse y modificar su forma, como si estuviese absorbiendo las escasas energías de la joven. Antes que Aed pudiese interrumpir el Encantación, el artefacto había absorbido toda la vida que aún quedaba en Bláithín.

Luego de aquel terrible accidente, el Encantador, en medio de su miseria y desesperación, recordó haber oído historias de ciertos Inscritores de Runas Imperiales que, se decía, habían descubierto la Gran Runa Lunar, único medio para entrar en Gélach, la Luna —el Lugar donde Reposan los Muertos—, a excepción de morir. Fue así como Aed decidió dejar sus aposentos por segunda vez desde su matrimonio con Bláithín, en busca de un Inscritor de Runas Imperial y una forma de encontrar la Luna. Y así, el Encantador había encontrado al Puerto Imperial de An Eilvéis y a Caiside, la salvaje que tan dolorosamente le recordaba a su amada.

Cuando Aed hubo terminado su relato, la Inscritora se atrevió a preguntarle:

—¿O sea que arriesgaste tu vida, por segunda vez, viniendo al Oeste para encontrar una manera de entrar a la Luna?

—El amor que siento por Bláithín es mi única razón para seguir viviendo. Deseo estar con ella, en este Mundo o en Aquel.

Caiside, una Inscritora de Runas y casi ermitaña, estaba sinceramente sorprendida con la historia del Encantador. Jamás había pensado que alguien podría tener tanta devoción por otra persona, y mucho menos cuando el devoto era un Encantador. A pesar que los Inscritores de Runas y los Encantadores lo negaban, había muchos aspectos en los que se parecían. Y había un famoso refrán que se aplicaba a ambos grupos: «El amor y agua del hechicero son sus magias». Así, la Inscritora no sabía cómo reaccionar ante tal apertura del corazón:

—Lamento que hayas llegado al puerto equivocado —dijo Caiside con torpeza—. Pero debo confesar que no soy una *gran* Inscritora. De hecho, no soy ni siquiera una Inscritora *regular*. Por lo tanto, no sé nada de la Gran Runa Lunar de la que hablas... ¡ni siquiera he oído hablar de ella!

—Aún siendo así —le susurró Aed—: ¿me ayudarías a encontrarla?

\*\*\*

La joven y el hombre caminaban a través de los recovecos de la Capital Imperial, con paso firme y capuchas sobre los ojos. La mayoría de quienes los veían los evitaban, alejándose de una pareja que parecía poseer cierta fría y desconcertante calma: una calma que sólo podía provenir del ejercicio de un poder impensado para aquellos simples habitantes.

Caiside y Aed llevaban varios años viajando juntos a través de las Tierras del Imperio. El momento de su primer encuentro, en una de las bodegas del *Sol de Amanecer*, les parecía un recuerdo de una vida anterior a ésta. Desde su conversación en el bosque, la Inscritora se había comprometido a ayudar al Encantador en su búsqueda de la Gran Runa Lunar, a pesar de que ninguno de los dos aún tenía claro el por qué de aquella súbita decisión. Por su parte, Caiside razonaba que lo hacía por simple compañerismo y algo de admiración hacia Aed, por su determinación e incuestionable amor hacia su mujer. Este último, en cambio, creía que la Inscritora había aceptado al fin su real naturaleza, mucho más “salvaje” y benévola de lo que ella misma parecía entender, y veía en Aed y su misión una forma de liberarse de las cadenas que por tanto tiempo la habían mantenido cautiva, en su auto-impuesta soledad.

La verdad era que a pesar de la máscara de fría distancia que Caiside aún sostenía con afectado descuido, algo en su interior había empezado a ceder. Era como si el dique que había contenido las emociones de su corazón por largo tiempo hubiera comenzado a

desmoronarse. Y a la Inscritora le costaba cada vez más trabajo no quedarse mirando fijamente al Encantador o no sentirse encantada con sus sabias y comedidas palabras.

Aed, por su parte, hacía poco por desalentar las pasiones que poco a poco Caiside dejaba entrever. A pesar de que los recuerdos de su amada Bláithín lo llenaban aún, el parecido de ésta con la Inscritora no hacía más que avivar un dulce sentimiento en su corazón. Así, había noches en las que a la lumbre del fuego Aed olvidaba su pena mirando a la salvaje muchacha de rizos dorados y ojos verde-azulados, mientras ésta dormía plácidamente, quizás soñando con que la búsqueda de la Gran Runa Lunar no tendría fin.

De esta manera, habían recorrido medio Imperio en su búsqueda, a través de las bibliotecas alojadas en las impenetrables torres de los Inscritores de Runas, estudiando Tomo tras Tomo Rúnico sin ninguna respuesta más que señales esquivas y menciones pasajeras a ciertos Inscritores de leyenda, que habían desaparecido de Forbrissi hace siglos —o incluso milenios.

Fue entonces, en medio de una búsqueda que parecía destinada al fracaso, que aparecieron menciones a cierto Tomo Rúnico, que la mayoría de los autores llamaba simplemente *Leabhare Feardorcha* o «El Tomo del Oscuro» y que parecía ser, a todas luces, el Tomo Rúnico que habían estado buscando sin saberlo. En él, aparecían las investigaciones del tal Feardorcha, cuyo conocimiento de las Runas del Estasis era legendario. Debido a su importancia, los Inscritores de antaño especulaban que su ubicación, no podía ser otra sino el mismísimo Palacio Imperial, en la biblioteca personal del Emperador Eterno.

Con tal información a su disposición, Aed y Caiside decidieron dirigir sus rumbos hacia la Capital Imperial por donde ahora caminaban, sin ninguna esperanza de obtener acceso al Tomo, más que la esperanza de que lo imposible se volviera realidad, por un azar del Destino. Ambos habían discutido largo y tendido acerca de cómo harían para tener acceso a la biblioteca privada del Emperador. En medio de sus cavilaciones, había surgido una respuesta obvia: Caiside entregaría a uno de los Encantadores más buscado del Imperio, famoso desde su escape de la mismísima Capital del Romperunas más despiadado que hubiese existido. Para aumentar la hazaña de tal captura, la Inscritora devolvería el preciado artefacto arcano robado por el Salvaje antes de su huida: el mismísimo *Cristal Carmesí*.

Ese era el plan por el cual ambos ahora arriesgaban sus existencias, frente a los Muros de Hielo del Palacio Imperial.

\*\*\*

Caiside mantenía un semblante tranquilo frente al Senescal, mientras éste la observaba e inspeccionaba en busca de alguna falla, algo que estuviera fuera de lugar. Contento con su pesquisa, decidió invitar a ambos —cazador y cazado— a acompañarlos al Salón Principal de Palacio.

Ante Encantador e Inscritora se abrieron las puertas de un inmenso salón, cuya cubierta debía de estar cientos de metros sobre ellos. Atravesado por filas paralelas de columnas de mármol —decoradas con intrincados diseños que parecían contar una historia en su conjunto— se les revelaba el Trono Imperial. Sobre él, un hombre de indefinida edad los miraba atentamente, con profundos ojos azules que hacían juego con la armadura que portaba, que parecía estar hecha de infinitas perlas del mismo tono cerúleo. Con un gesto, el Emperador hizo retirarse a su Senescal. A continuación con movimientos lentos pero

gráciles dejó el Trono para acercarse a la pareja. La Inscritora se arrodilló frente al Emperador, como pidiendo su bendición, humillada ante tan magnífica presencia

Fue entonces cuando Caiside comenzó con la segunda parte del plan.

De entre sus ropas extrajo el *Cristal Carmesí* y comenzó a dibujar en el suelo frente al Emperador una serie de intrincados símbolos. Era una Runa de las más simples —la Runa de Retención— pero que, amplificada mil veces en su poder gracias al Cristal, podría haber retenido a un dragón por al menos unos segundos. En el caso del Emperador, debía funcionar inmovilizándolo por unos minutos; preciosos minutos en que Inscritora y Encantador buscarían el Tomo de Feardorcha.

Con la rapidez que sólo la cercanía de la Muerte podía dar a sus músculos, Aed y Caiside echaron a correr en busca de la Biblioteca del Emperador.

\*\*\*

Luego de haber recorrido estancia tras estancia, Encantador e Inscritora parecían estar perdidos dentro de un laberinto sin fin. El Palacio parecía contener tantos salones y pasillos que era imposible distinguir si habían pasado por aquella habitación antes o no, pero en ninguna de ellas habían visto había libros ni Tomos de ninguna clase. Mientras corrían, Caiside no soltaba la mano de Aed, que en respuesta sostenía la suya firmemente.

Cuando ambos estaban extenuados de tanto correr, la Inscritora se detuvo. Extrajo su Tomo Rúnico y mientras recorría sus páginas rápidamente, se detuvo ante una página en particular. Con la mano libre, comenzó a dibujar en la pared una Runa a gran velocidad. Mientras sus dedos se movían con celeridad, el Encantador preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Si la biblioteca que buscamos contiene tantos Tomos Rúnicos como suponemos, debería desprender una gran cantidad de energía estática. Una simple Runa de Identificación debería hacerla resaltar ante nuestra vista. No sé por qué no lo pensé antes — se excusó Caiside con un gesto nervioso.

Cuando la Inscripción de la Runa hubo concluido, una habitación al fondo del pasillo en el que estaban comenzó a refulgir, como si una estrella la iluminase desde dentro. Con renovadas energías, ambos se echaron a correr hacia ella, cuando vieron aparecer una docena de Guardias Imperiales entre ellos y la Biblioteca.

—Es mi turno —dijo Aed.

Antes de que Caiside pudiera preguntarle que pretendía hacer, el Encantador había comenzado a recitar una frase formulaica en repetidas ocasiones. Todo lo que la Inscritora oía era algo como: «Alléra, alléra aodhir alléra», con una serie de inflexiones en la voz de Aed imposibles de reproducir por ella. En un parpadeo, las manos del Encantador estaban llenas de un fuego azulado que refulgía de manera anti-natural y, en el momento de duda de los guardias que siguió al Encantación, sendas bolas de fuego índigo habían caído sobre ellos, explotando antes que ninguno de ellos pudiese hacer algo al respecto. De un salto, Inscritora y Encantador habían dejado atrás las llamas y a los guardias calcinados, para adentrarse en la Biblioteca.

Dentro de la habitación, que parecía extenderse hacia el infinito, había cientos de millares de Tomos, en distintas repisas y arrumbados en el suelo todo alrededor, todos brillando con un inusual resplandor. Sin embargo había uno en particular, en una de las repisas más cercanas el techo, que parecía refulgir con una luz propia. Sin dudar por un segundo, ambos habían comenzado a escalar en conjunto la encumbrada estantería.

Cuando por fin encontraron el Tomo Rúnico, ambos estaban exhaustos. Ya podían oír los ruidos de ajeteo en el Palacio, mientras el resto de la Guardia Imperial buscaba a ambos intrusos. Caiside empezó a recorrer las páginas del inmenso Tomo con rapidez, sólo deteniéndose a leer una o dos palabras por página. Finalmente, luego de segundos que parecieron siglos, la Inscritora se detuvo, una sonrisa de triunfo dibujada en sus labios. Mientras comenzaba a leer las instrucciones de la Gran Runa Lunar, su sonrisa se transformó en un gesto de profunda pena. Aed no pudo evitar preguntar con desesperación:

—¿Qué ocurre? ¿Es acaso la Runa muy poderosa para ti? ¿Muy intrincada? ¿Nos falta algo para completarla?

—En realidad lo tenemos todo —la voz de Caiside era un suspiro. Le sonrió a Aed como nunca antes lo había hecho—. ¡Prepárate! Pronto verás a Bláithín.

Antes de que Aed pudiese preguntarle qué le preocupaba, Caiside comenzó a dibujar en el suelo una serie de extraños trazados, cuyo diseño era imposible de comprender para una mente mortal. Mientras su mano se volvía más frenética al completar la Gran Runa Lunar, ella lo miró por última vez, mientras una lágrima caía por su mejilla y una luz purpúrea iluminaba la Biblioteca.

Encogido por la luz, Aed no pudo ver la compleción de la Runa.

Frente a él, yacía el Portal a la Luna. Junto al Portal, yacía el cuerpo sin vida de Caiside.

Ella no atrevió a mencionarle a Aed que el último componente de la Gran Runa Lunar era un alma que voluntariamente debía sacrificarse en el proceso.

La suya.



## **Historia de una historia**

**Paula Rivera Donoso**

Había una vez, cuando el mundo no era sino grupitos de reinos colindantes, una jovencita de quince años. Era una princesa de un reino muy bonito cuyo nombre la historia había olvidado registrar. Para evitar confusiones, llamémoslo el reino de Lyncriam. A ella, por añadidura, llamémosla simplemente Lyn.

A las jóvenes de la realeza de Lyncriam se les enseñaba mucho de etiqueta, debiendo permanecer horas ejercitándose bajo el alero de una institutriz, sin poder compartir con muchachos de su edad. De hecho, únicamente se veían en las fiestas de las familias nobles, y entonces sus interacciones eran sólo la prueba al final de un largo y tedioso proceso.

Podría decirse que un casamiento equivalía a aprobar el curso. ¿Y qué mejor certificado para las jovencitas, que unirse en matrimonio a algún joven apuesto de un reino vecino, que además fuese inteligente, acaudalado, poderoso y gentil? En realidad, la mayoría de las veces era como jugar a la lotería: a ver cuál de todas esas cualidades le tocaba a la novia de turno. Aun así, a la mayoría de las chicas les bastaba con saberse casadas e incorporadas al mundo de la nobleza adulta para sentirse satisfechas, donde podrían ostentar lo aprendido en esos años de instrucción.

Pero el caso de Lyn era diferente. Ahora veremos por qué. Ella pertenecía a ese pequeño sector de las jovencitas que no estaban obsesionadas con el matrimonio y los buenos modales.

Todo esto era responsabilidad de su abuelo. Conocido como la oveja negra de la dinastía de los Lyncriam por sus desfachatadas ideas, su cargo de rey les impedía a sus familiares intervenir en sus decisiones. No era que no lo hubiesen intentado, de cualquier forma. Era sólo que se trataba ya de un caso perdido. Así que los padres de Lyn se conformaban con comprobar que su hija asistiese regularmente a sus clases de etiqueta. El resto, las historias del abuelo, serían siempre inofensivas mientras no las interrumpiesen. Esto hacía que la niña conociera paralelamente el mundo de la corte y el de las historias que le contaba su abuelo. Por supuesto, este último era su favorito.

¡Cuánta diferencia entre una actividad y otra! Si en las clases de costumbre llevaba cuenta mental de los minutos, con el rey perdía la noción del tiempo. El presente se apoderaba de ella si el guerrero atravesaba el laberinto encantado, haciendo y deshaciendo su camino. A veces el pasado, como cuando antiguas gestas y contiendas de nombres impronunciables hacían que Lyn viese todas las escenas en sepia. Y a veces hasta el futuro, si de improviso el relato avanzaba uno o mil años.

Cada historia era a la vez un desafío para ella. Si había un enfrentamiento con un ser cruel, ella lo odiaba tanto como los protagonistas. Si alguien perecía, sus ojos se anegaban en lágrimas. Ah, pero si conseguían una victoria, ella estaba tanto o más alegre que aquellos que la habían conseguido.

De igual forma, si su abuelo se detenía en algún punto conflictivo —como la llegada a un calabozo o una decisión importante—, Lyn meditaba sobre el asunto. Sopesaba cada alternativa, incluso hasta el punto de interrumpir el cuento y comunicarle al relator su parecer. A veces coincidía con el del héroe y todo desembocaba en éxito, alegrándola. Pero, en otras ocasiones, se trataba de la decisión equivocada y la niña se sentía responsable por la tragedia.

Al cabo de un tiempo, Lyn comenzó a cuestionar su grado de participación en estas historias. ¿Cómo era posible que a veces pudiese anticipar lo que iba a suceder y otras veces no? ¿Sería que su abuelo modificaba los relatos para que se adaptasen a lo que ella pensaba? ¿Pero no sería eso algo parecido a un delito? ¡Oh, qué loco estaba su abuelo!

Asustada, la joven había buscado en los anales del reino la respuesta a sus dudas, sólo para descubrir que sus hechos históricos no se ceñían en absoluto a los relatos.

La espantada Lyn decidió actuar. A lo mejor no era culpa de su abuelo, pues ella sabía tan bien como todos que el pobre viejo no era muy cuerdo que digamos. Quizá sólo había deseado entretenerse un poco modificando la historia de su mundo usando como cómplice a la propia nieta, sin preocuparse por los alcances morales de esta intromisión. De modo que finalmente contó a sus padres lo sucedido para que dictasen ellos un veredicto. Después de todo, lo mejor era dejarlo en familia, sin que nadie pudiese enterarse de la supuesta gravedad del asunto. Lyn no lo podía creer: ¡sus padres habían estallado en carcajadas! Una vez serios, le explicaron que ella era demasiado ingenua, que todas esas historias que el abuelo le había contado eran ficticias, que nunca habían sucedido en el mundo ni llegarían a suceder.

Se trataba de relatos que las personas inventaban para sí, basándose en eventos reales, para entretenerse o explicar hechos ya difusos en la memoria. Eran situaciones que existían, pero en otro mundo —uno fantástico— sin relación con aquel en donde vivían ellos. Pero como nada de lo contado en ellos era totalmente cierto, en realidad daba igual que se modificasen. De hecho, si la modificación hacía más rica la historia, pues adelante. Acaso el abuelo, motivado por el interés de su nieta, había decidido que era una buena idea dejar que ella influyese en el desarrollo de los hechos a su propio juicio. De este modo, cuando veía que estaba muy triste, iluminaba el suceso, y cuando la narración se ponía plana y predecible, creaba otra situación que le devolviese la tensión, y así. Era como un juego. Sí, el abuelo había estado jugando.

Lyn sintió un gran vacío cuando terminó de oír a sus padres. No sólo por el hecho de que, de alguna forma, su abuelo le hubiese estado mintiendo todo ese tiempo, sino también porque eso significaba que sólo existía un solo mundo: aquél en donde vivía, el de las clases de etiqueta, las institutrices, las futuras fiestas, el futuro matrimonio. Y ese mundo a la niña le parecía horrible.

Ahora, sería bueno develar un detalle que a estas alturas puede resultar bastante relevante: la joven había nacido con una salud muy frágil. Por lo mismo, sus padres habían procurado que abandonase lo menos posible sus aposentos y que su asistencia a bailes y reuniones fuese restringida. Esto había provocado que sus salidas del palacio, además de ser pocas y muy vigiladas, se volvieran efectivamente pruebas para evaluar lo aprendido en las clases de etiqueta.

Por ello, a diferencia de sus pares, las oportunidades que tenía Lyn para dar una buena impresión ante los otros nobles y conseguirse un esposo estaban muy limitadas. Y por si esto fuese poco, era indispensable que frente a cada una de aquellas visitas ostentase lo mejor de sí para que algún muchacho se enamorase de ella, sin importar la fragilidad de su condición. Pues si el matrimonio tenía éxito, sus padres al fin podrían suspirar y desligarse de sus cuidados, contando con que su salud estaría mejor atendida bajo el cuidado de médicos de tierras distantes.

Por otro lado, había algo más que ellos no compartían con nadie: sus temores acerca de un futuro embarazo por parte de la niña. Era natural pensar que, si ya por sí sola tenía dificultades para estar sana, no podría soportar un trance semejante. Y en esos tiempos tener hijos era muy necesario: aseguraba la descendencia de cada dinastía y, por ende, su posición social y su poder. Lyn debía ser capaz al menos de dar a luz a un bebé, o de lo contrario la familia del esposo sería agraviada por la nación de Lyncriam.

A los padres de Lyn les importaban mucho estos problemas. Aunque consideraran a una estupidez dejar que una mujer de constitución débil hiciese peligrar su vida a propósito sólo para dejar un heredero, esas eran las reglas. Habían acordado que debían arriesgarlo todo con tal de que su hija pudiese dar a luz; lo que sucediese de ahí en adelante, se lo dejaban a Dios.

Ah, ¡pero no se piense que ellos eran esos padres desconsiderados y egoístas! Era sólo que, a diferencia del viejo rey de Lyncriam, ellos eran personas muy cuerdas y racionales. En ese sentido, su educación había sido todo un éxito. Una de sus principales enseñanzas había sido no dejarse llevar por el sentimentalismo, y procurar siempre el bien común de todos los habitantes de su pueblo.

Si lo pensaban fríamente, el dolor de perder a su hija sería inmenso, sí, pero al menos tendrían un nieto o nieta que compartiría su sangre, y también a un ahijado, el viudo en cuestión. Los dos reinos, Lyncriam y el reino susodicho, lamentarían amargamente el fallecimiento de la joven, y en consecuencia acogerían con mayor cariño al vástago. De esta forma, habría una alta posibilidad de que ese niño o niña se casase a su vez con un excelente partido y ampliara aún más el territorio a gobernar.

Pero si Lyn no lograba quedar embarazada —porque ellos advirtiesen la delicadez de su estado— los padres del enamorado príncipe se indignarían, y ello podría desencadenar un conflicto de proporciones. Si eso sucedía, sería la plebe la que más sufriría por el estado de guerra, con racionamientos, bajas en el ejército, pobreza y enfermedad... Y ellos eran unos nobles muy misericordiosos y sensatos. Si era posible, preferían sacrificar a su propia hija, que era sólo una vida, antes que la de cientos de plebeyos.

Lo peor —además de la muerte de su única hija, claro— sería que nadie se enteraría jamás de este sacrificio. Aun así, los padres de Lyn sabían que el mundo era desagradecido e injusto, y que bien pasarían ellos por ese calvario, con tal de asegurar la paz en su reino.

Lyn no podía imaginarse a sí misma casándose con alguien, ni mucho menos quedando embarazada. Estaba al tanto de que eso sucedía y tenía que suceder tarde o temprano en el mundo real (su mundo), pero no le prestaba atención. Había oído muchos comentarios de jóvenes como ella que habían pasado por esas experiencias, pero las palabras con las que las describían eran vacías. No tenían nada que ver con lo narrado en los relatos del abuelo. ¡Incluso las parejas ficticias tenían problemas a veces! Lyn no creía que todo pudiese ser tan perfecto como lo pintaban todos. ¿Cómo podía ser posible que la vida real fuese más irreal que la ficticia?

Como puede apreciarse, Lyn se estaba convirtiendo en una jovencita muy pensadora y crítica, y todo gracias a su condición observadora y el ánimo con el que había participado de las historias que le presentara su abuelo. Descubrió así que la vida de sus pares parecía acabar en cuanto se casaban y comenzaban a tener hijos, porque entonces las mujeres sólo hablaban de sus esposos y de los niños. ¡Pero ella no quería oír de esos temas! Quería oír hablar de todo aquello que sí le interesaba y que le estaba vedado: los paseos al aire libre por los bosques, las gracias de los gatitos que algunas tenían por mascota, o lo ricos que eran las manzanas de los huertos públicos.

Lyn comprendió que, de seguir así, terminaría casada y con hijos, como todas ellas... ¡Pero sin haber vivido verdaderamente! Podía ser que esas jóvenes no hubiesen oído jamás historias ficticias ni hubiesen gozado ni sufrido tanto con ellas, pero al menos sus existencias sí habían tenido algo de aventura. ¿O acaso no podía serlo el jugar a las escondidas o con un gatito o comer manzanas?

Lyn no había vivido más que a través de las historias del abuelo. Hablar de su vida marital sólo porque ya no tuviese otro tema la horrorizaba, pero sabía que había algo peor: pasar de una muerte a otra. Y ella, que había alcanzado a entrever otra existencia, no estaba dispuesta a permitírselo.

Un día como cualquier otro, el rey de Lyncriam murió. Como se sabe, la gente siempre se muere en un día común y corriente. Es decir, para los cercanos al difunto ese día es terrible, pero para el resto de la humanidad es un día como cualquier otro. Así que para el reino de Lyncriam este fue un suceso triste pero a la vez reconfortante, porque eso significaba que su muy cuerdo hijo —y su no menos sensata esposa— accederían al trono como reyes. Una sustitución que a todos parecía, por supuesto, muy provechosa.

Lyn sufrió la muerte de su abuelo como nadie. Sabía que sus días de soltera estaban contados, pues sus padres ahora tendrían el control de toda la situación y él ya no podría intervenir en su ayuda.

Efectivamente, no tardaron en llegar numerosos pretendientes al palacio. Ya fuese porque los hombres no pudiesen evitar conmoverse ante el sufrimiento de la frágil señorita, o porque la política nupcial de los nuevos reyes hubiese sido un éxito, las proposiciones de mano fueron viento en popa.

Lyn comenzó entonces a planear su fuga del palacio y del reino de Lyncriam, pero pronto sucumbió. El razonamiento de sus progenitores una vez más estaba en lo correcto: el hecho de no poder contar con el apoyo incondicional de su abuelo ni de su voz contándole historias la había deprimido.

¡Pobre Lyn! Justo en el momento que se decidía a tomar las riendas de su vida descubriría que era demasiado inútil como para hacer algo. Terminó en cama, impotente y fracasada. Una vez que el tiempo serenó sus delirios de escape, se levantó con un semblante distinto. Lo primero que hizo al abandonar el lecho fue comunicarles a los reyes sus intenciones de casarse con el primer pretendiente que apareciese. Estos, como buenos padres, no se cuestionaron el cambio tan abrupto de su hija y aceptaron con jolgorio lo que ellos interpretaban como un signo de madurez.

El casamiento así no tardó en concertarse. Lyn lo aceptó todo, sin demostrar interés en conocer al que sería su esposo por el resto de su vida y el padre de sus futuros hijos. Sólo pidió, el día antes de realizarse la ceremonia, ingresar a solas al aposento de su abuelo, donde ambos se reunían antes. Sus padres intuyeron que la joven pretendía despedirse para siempre de su inocencia de antaño y no vieron perjuicio alguno en acceder a su petición.

Por una vez en la vida, habían interpretado correctamente los deseos de su hija. Lyn entró al cuarto de su abuelo y se echó a sollozar desconsoladamente. Una vez que hubo llorado todo lo que pudo, se dedicó a contemplar por última vez la pieza del pobre viejo rey, a la que nadie había entrado desde su muerte. Revisó entonces los papeles que se encontraban desperdigados por el escritorio. De pronto, halló un extraño rollo de papiro:

*Al señor Alonso de Lyncriam, rey del reino de Lyncriam:*

*Conforme a la petición realizada, tenemos el agrado de comunicarle la aceptación de sus requerimientos. De este modo, usted queda oficialmente institucionalizado por el jefe del Gremio de Relatores como miembro de nuestra asociación, dedicada a la propagación selecta y cuidadosa de las historias de los reinos de Más Allá del Bosque. Su pertenencia a ésta es: 1) irrevocable; 2) vitalicia; 3) SECRETA.*

*Si el Gremio de Relatores se entera de que: 1) su estilo de vida se hace incompatible con el de Relator, y/o con el de ciudadano de los reinos Más Allá del Bosque; 2) fallece; ó 3) REVELA su condición de Relator o, peor aún, la existencia de los reinos de Más Allá del Bosque a algún habitante de los reinos de Más Acá del Bosque, SERÁ DESTITUIDO de inmediato de su cargo, enviando al encargado especial Ubu a seleccionar a su reemplazante, que necesariamente ha de ser aquella persona más influenciada por los relatos que haya hecho con anterioridad.*

*Respecto al reglamento completo de su rol de Relator, puede acudir a retirarlo el día X, a las 5:30 en punto (hora de los reinos de Más Acá del Bosque) con el encargado especial Ubu, quien lo estará esperando detrás de la estantería de su cuarto. Para establecer la conexión entre ambos reinos, deberá colocar su mano derecha en ella y pronunciar solemnemente 'Había una vez...'*

*Esta será la única vez en la que se le comunicará cómo acceder a nuestros reinos, por lo que no debe olvidarlo JAMÁS. Desde que retire su reglamento, deberá acudir cada cierto tiempo donde el encargado especial Ubu para actualizar su repertorio de relatos. Le recordamos que éste sólo debe ser usado como referencia. Usted, como Relator, deberá hacer los cambios que estime pertinentes.*

*Sin otro particular, y deseándole la mejor de las suertes y felicitaciones como nuevo miembro de nuestro Gremio de Relatores, se despide atentamente*

*—Cornelio, Secretario del Gremio de Relatores. Año 4 del 4º siglo de los Tubunus*

Lyn esbozó la primera sonrisa desde que su abuelo muriera. ¡Pero qué adorable! ¡Y cuán imaginativo además! Lo creyó un juego más del anciano; quizá había escrito eso para mostrárselo a ella y así poder ufanarse de sus dotes de relator. Entonces vio que la estantería de libros aún estaba en su lugar. Se estremeció al pensar que eso pudiese ser real, como cuando creía que sus historias lo eran. Pero sabía que no podía ser así: su abuelo había muerto hace algún tiempo y ella era la única persona que había sido influenciada por los relatos...

¡Y bueno...! ¿No se suponía que se había ido a despedir de todas esas ilusiones? Lyn suspiró, y se dispuso a cerrar para siempre la puerta de su imaginación. Alargó su delgadísimo y pálido brazo hasta la estantería y con su vocecita dijo:

—Había una vez.

Y... ¡No pasó nada!

Lyn bajó la vista y se encaminó hacia la puerta.  
Y... ¡la estantería se abrió lentamente, descubriendo el sendero de un bosque...!  
La muchacha miró hacia atrás con esa cara que ponen las personas cuando se topan con un deseo que habían estado a punto de abandonar. Del claro salió una criatura pequeñita.  
Nuestra protagonista se encontró diciendo algo por primera vez en este cuento:  
—... ¿Ubu?  
—¡*Encargado Especial* Ubu! —le gritó la peluda criatura.  
Lyn ahogó una carcajada.  
—¡Sí, por supuesto! Encargado Especial Ubu... Lo había olvidado, disculpa. ¿De verdad conociste al rey de Lyncriam?  
—¡El viejo Alonso! ¿Qué está haciendo ahora!? ¡Hace siglos que no accede a la puerta! ¿Y por qué estás tú aquí!? ¿No será que te reveló el secreto!?  
—Es que... murió.  
—¡Muerto, Alonso! —la criatura expresó desconcierto— ¡Pero cómo! ¡Si no avisó!  
—Pero... la gente no avisa cuando se muere. Sólo se muere, y ya.  
—Bah, yo conozco a la gente de este lado. Se enferma o lastima y luego se va muriendo lentamente. Siempre es así. Por eso determinamos en las reglas que el que se sabe moribundo avise para que podamos ir a registrar a su sucesor.  
—Pero es que sufrió un ataque al corazón. Estaba bien el día anterior...  
—Eso lo explica todo. ¡Por el capricho de morirse nos tiene a todos patas arriba! ¡A mí me tuvo meses detrás de su estantería! ¡Bah! ¿Y ahora cómo voy a solucionar esto...?  
—Um... ¿Puedo ayudar en algo?  
—Pues sí, ya que has sido lo suficientemente entrometida como para estar hablando conmigo, me puedes ayudar a buscar a la sucesora del viejo. Se llama Lyn.  
—¡Yo soy Lyn! ¡Alonso de Lyncriam era mi abuelo!  
—¿Ah, sí? —la criatura frunció el seño—. ¿Cómo se llamaba la doncella guerrera que liberó los reinos de Avinant de la plaga de bestias malignas? ¿Eh?  
—¡Lodina! El abuelo me contó que esas bestias eran unicornios negros que violaban a los jóvenes con sus cuernos y que ella los había matado agarrándolos a golpes con su cinturón de castidad.  
—¡Este viejo loco...! ¡Qué ocurrencias! Pero es cierto: existe un registro mágico que apunta todas las variantes a las que los Relatores someten los cuentos originales, y lo que dices coincide con la entrada que se anotó el día X al atardecer. Tú eres Lyn, la sucesora del Relator Alonso de Lyncriam.

Entonces el Encargado Especial Ubu, que era tan gruñón como buena gente, la guió solemnemente por el sendero. Lyn caminó por él descalza, sintiendo el tacto de briznas y guijarros en sus minúsculos pies. Su cabeza volteó a todos lados para no poder detalle del bosque, como si pretendiese que sus sentidos fijasen lo que no habían percibido en todos sus años de vida. Mientras, el «había una vez...» rielaba en su imaginación.

Podríamos decir que este es el final de la historia, al menos el de la de Lyn en tanto princesa de Lyncriam, pues en realidad ese momento se convirtió en el inicio de su historia como Relatora de los cuentos de los reinos de Más Allá del Bosque.

A nuestra protagonista le llevó largos años perfeccionarse en tal arte desde su regreso a los reinos de Más Acá del Bosque. A través de sus palabras tomaron forma cientos de historias, hasta que comprendió que la de su propia vida las contenía a todas... o a la inversa: que cada vez que contaba un relato, modificando su curso según su pulsión creadora o la intervención de su público, estaba en el fondo refiriendo sus vivencias

personales, porque cada vuelco que experimentaban sus historias nacían de visiones, episodios y contactos reales, todos diluidos en la voz que moldeaba la ficción de turno.

Entonces comprendió que todos aquellos que conocieran su historia, la de esa jovencita que ahora hemos llamado Lyn y que siempre se llama de otra forma y que vive encuentros distintos con la fantasía según cada relato, serían sus legítimos sucesores. Y que determinar qué se haría con semejante legado estaría en ellos. Vale decir... en ustedes.

## Agradecimientos

El equipo de *Fantasía Austral* quiere agradecer a cada una de las personas que hicieron posible este proyecto. En primer lugar, a todos los autores que creyeron en nuestra propuesta y enviaron sus cuentos, dedicándoles tiempo y esfuerzo. Sentimos no haberlos incluido a todos, pero confiamos en que los que fueron seleccionados —y que aparecen publicados en esta colección— representan de la mejor manera el espíritu de FA.

También queremos agradecer a Elsa Paredes (@luciferana), quien tuvo la paciencia para escuchar cada una de nuestras peticiones, y puso lo mejor de sí misma para diseñar el mejor logo que podríamos haber tenido. Sin su aporte y profesionalismo, no habríamos logrado un trabajo de la misma calidad.

A David Marín (@louten) por diseñar la mejor portada *ever*, con el más *badass* de todos los elfos. Period.

A nuestros mayores, Marcelo Novoa, José Luis Flores y Alberto Rojas, por apoyar este proyecto y brindarnos su apoyo desinteresadamente. Esperamos estar a la altura de vuestras palabras.

Y por supuesto, a cada uno de los lectores que han creído en nuestra propuesta y han ayudado a que *Fantasía Austral*, poco a poco, vaya tomando mayor voz y protagonismo en el panorama fantástico nacional.

Sin ustedes, caminantes de mundos fantásticos, ni *Fantasía Austral* ni estos *Cuentos Chilenos de Fantasía* serían lo que son.

Un abrazo sincero,

El Comité Editorial de *Fantasía Austral*.



## Sobre los autores

**Emilio Araya Burgos** (Osorno, 1987): Escritor y estudiante de Letras Inglesas en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autor de la novela corta *Schmetterlinge* (Mariposas) publicada el año 2010 por Editorial Forja. Sus proyectos actuales oscilan en el ámbito del steampunk y la fantasía de corte más tradicional. “Día uno” es su segunda publicación colectiva.

Twitter: [@emilioarayab](https://twitter.com/emilioarayab)

Blog: <http://reinopeligroso.blogspot.com/>

**José Manuel Lagos Ahumada** (Santiago, 1981): Futuro biólogo, escritor y guionista de comics. Ha publicado con Mythica Ediciones para el compilado *Zombies en la Moneda* (Vol. I, II y III). Actualmente trabaja en su primera novela, titulada *El Rey de Sa'maa*. “El palacio de la memoria” es su primer cuento publicado.

Blog: <http://reydelsamaa.blogspot.com/>

**Manuel Lobos Ruiz** (Temuco, 1985): Técnico en Arquitectura, dibujante ocasional y escritor autodidacta. Es lector acérrimo de ciencia-ficción, fantasía y ciencia. Mantiene el Blog *La Caja de Schrödinger*, donde publica cuentos y otros escritos. “El alquimista” es su primera publicación.

Twitter: [@Draugh\\_R](https://twitter.com/Draugh_R)

Blog: <http://lacajadeschrodinger.blogspot.com>

**Javier Maldonado Quiroga** (San Antonio, 1981): Psicólogo de día y escritor de Fantasía y terror de noche. Sus obras fantásticas están inspiradas en la estética de series de animación como *Rurouni Kenshin*, *Sword of the Stranger* o mangas al estilo de *La Espada del Inmortal*, además de las películas clásicas de artes marciales chinas enmarcadas en el género *wuxia*. Reconoce una poderosa influencia de autores como Poe, Lovecraft, Machen, Blackwood, Le Fanu, Maupassant, Borges y Chéjov, entre otros ilustres cuentistas. El cuento “Flor de cerezo” es su primera publicación.

Twitter: [@kensan\\_x](https://twitter.com/kensan_x)

Blog: <http://dragondetinta.blogspot.com>

**Samir Muñoz Godoy** (Santiago, 1993): Estudiante de letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha participado en algunos talleres literarios, entre los que destaca la Neuroguerilla LAB, guiada por el escritor chileno Jorge Baradit. Sus intereses literarios van desde la fantasía convencional a la literatura fantástica de Cortázar, Borges y Bolaño. “Entre cuatro paredes” es su primera publicación.

Twitter: [@SamirJorge](#)

Blog: <http://samirjorge.blogspot.com>

**F. A. Real H.** (Santiago, 1986): Escritor, lector, editor y traductor. Ganador de varios concursos literarios menores en Chile, España y México. Ha sido antologado en las colecciones *101 Cuentos Rescatados del Cementerio* (Editorial Los Seis Antonio, 2011), *Cuentos Chilenos de Fantasía* (Fantasía Austral, 2012) y *Cuentos Chilenos de Fantasía: Antología 2010-2012* (Editorial Tabula Rasa 2013). Actualmente se desempeña como Director de *Fantasía Austral*.

Twitter: [@farealh](#)

Blog: <http://farealh.blogspot.com>

**Paula Rivera Donoso** (Viña del Mar, 1987): Licenciada en Literatura Hispánica y Pedagogía en Lenguaje de la Universidad Católica de Valparaíso. Ha publicado el micropoemario *Ventanas - Aproximaciones al haiku* (Hebra Editorial, 2010) y resultó finalista del concurso de literatura infantil Barco de Vapor 2011 de Ediciones SM Chile. Publicó su primera novela *La Niña que Salió en Busca del Mar* (2013), ganadora del Fondo del Libro 2012. Actualmente se desempeña como Editora en Jefe de *Fantasía Austral*.

Twitter: [@A\\_Laquesis](#)

Blog: <http://tierradefay.blogspot.com/>

## **Acerca de *Fantasía Austral***

*Fantasía Austral* es un colectivo literario chileno fundado en 2010 y dedicado a la creación, crítica y difusión de la Fantasía en español. A la fecha ha publicado más de 130 cuentos, entrevistas con destacados autores del género fantástico como Michael Moorcock y Ursula K. Le Guin, y dos antologías de cuentos.

## **Conéctate con nosotros**

En Twitter: <https://twitter.com/fantasiaustral>

En Facebook: <https://www.facebook.com/fantasiaustral>

En nuestro grupo en Facebook: <https://www.facebook.com/groups/341567849270308/>

En Smashwords: <https://www.smashwords.com/profile/view/fantasiaustral>

En nuestro sitio web: <http://www.fantasiaustral.cl/>